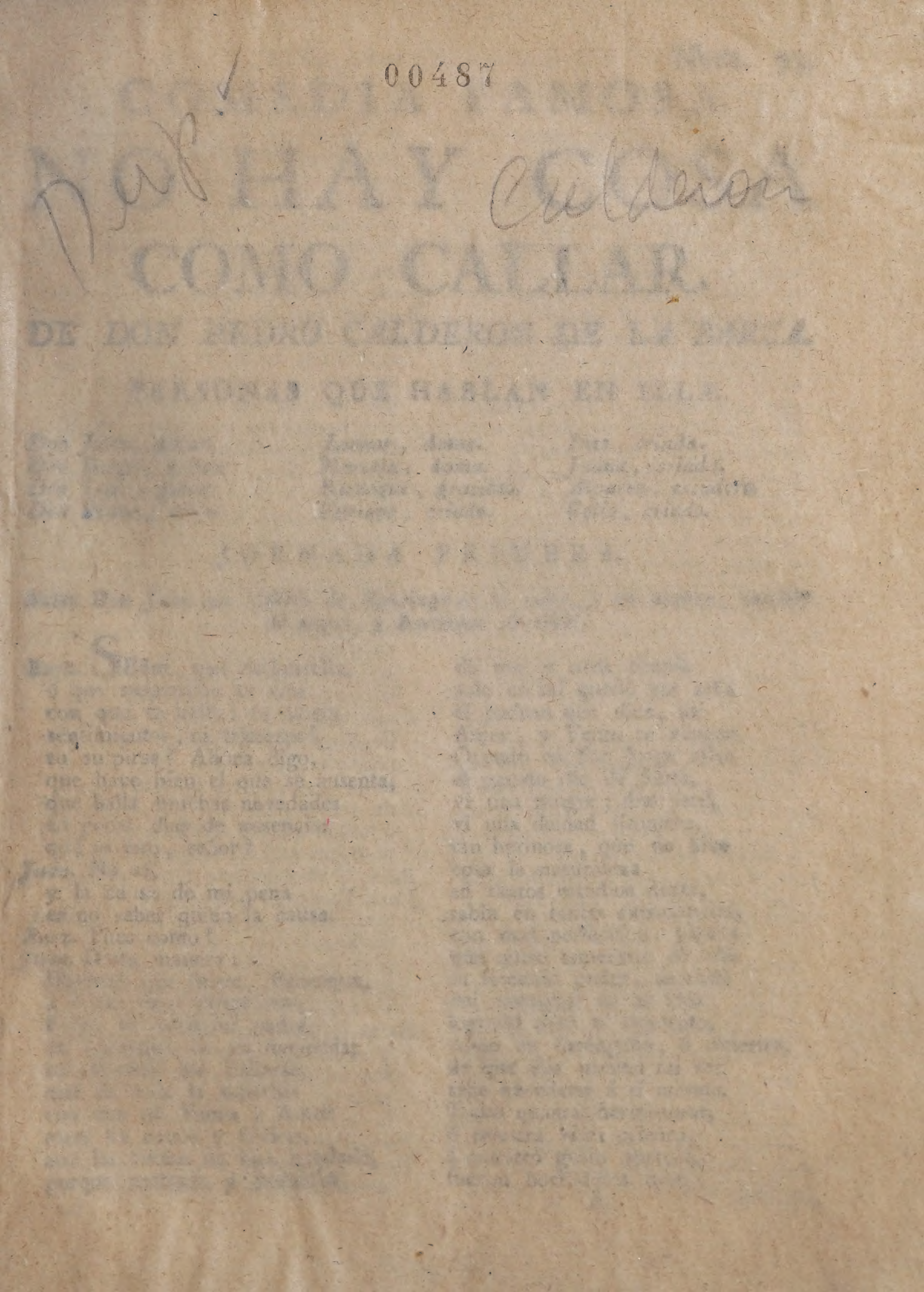


Calderon

NO HAY COSA COMO CALLAR.

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

JORNADA PRIMERA.

COMEDIA FAMOSA.

NO HAY COSA COMO CALLAR.

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Don Juan, galan.	*Leonor, dama.*	*Ines, criada.*
Don Diego, galan.	*Marcela, dama.*	*Juana, criada.*
Don Luis, galan.	*Barzoque, gracioso.*	*Alvarez, escudero.*
Don Pedro, viejo.	*Enrique, criado.*	*Celio, criado.*

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Juan con Habito de Santiago en la capa, y en venera, vestido de negro, y Barzoque de color.

Barz. SEñor, qué melancolia,
ó que suspension es esta
con que te hallo? tu tienes
sentimientos, ni tristezas?
tu suspiras? Ahora digo,
que hace bien el que se ausenta,
que halla muchas novedades
en pocos dias de ausencia:
qué es esto, señor?
Juan. No sé,
y la causa de mi pena
es no saber quien la causa.
Barz. Pues como?
Juan. Desta manera:
Despues que fuiste, Barzoque,
á hacer unas diligencias,
á que te envió mi padre,
de cobranzas de su hacienda;
tan trocado me hallarás,
que de toda la soberbia
con que de Venus y Amor
traté los rayos y flechas,
aun las ruinas no han quedado,
porque postrada y deshecha,
de una y otra tirania
solo en mi quedó por seña
el padron que dice, asi
Amor, y Venus se vengan.
Oyendo en San Jorge misa
el pasado dia de fiesta,
vi una muger; dixe mal,
vi una deidad lisonjera,
tan hermosa, que no hizo
cosa la naturaleza
en tantos estudios docta,
sabia en tantas experiencias,
con mas perfeccion: parece
que quiso esmerarse en ella
su inmenso poder, sacando
del exemplar de su idea
logrado todo el concepto,
como en desengaño, ó muestra,
de que ella mesma tal vez
sabe excederse á sí mesma.
Todas quantas hermosuras,
ó nuestra vista celebra,
ó nuestro gusto apetece,
fueron borradores desta;

porque asi como un ingenio
cuidadoso se desvela,
quando á publicas censuras
dar algun estudio piensa,
que hecho fiscal de sí mismo,
un pliego rasga, otro quema;
y mal contento de todo,
esto borra, aquello emienda,
hasta que ya satisfecho
del cuidado que le cuesta,
da el borrador al traslado,
y da el traslado á la imprenta:
la naturaleza asi,
viendo las varias bellezas
que hasta entonces hizo, todas
las emendó sabia y diestra,
borrando desta el defecto,
y la imperfeccion de aquella,
hasta que en limpio sacó
una hermosura tan bella,
que mas, que todas, divina,
y mas, que todas, perfecta,
fue una impresion sin errata,
y un traslado sin emienda.
Barz. Bastante hiperbole ha sido;
pero aunque mas la encarezcas,
hasta ahora no me has dado
ninguna gana de verla.
Juan. Por qué?
Barz. Porque tu conmigo
tienes en esta materia
perdido el credito. *Juan.* Como?
Barz. Como en siendo cara nueva,
siempre es superior, que en ti
la mejor es la postrera.
Juan Yo te confieso, que he sido
tan señor de mis potencias,
de mi alvedrio tan dueño,
que no hay muger, que me deba
cuidado de quatro dias,
porque burlandome dellas,
la que á mi me dura mas,
es la que menos me cuesta:
pero no hay regla, Barzoque,
tan general, que no tenga
excepcion; y esta muger
que digo, temo que sea
desta regla la excepcion.
Barz. Dime ya quien es.
Juan. Aquesa
es mi pena, que no pude
saberlo. *Barz.* No la siguieras?
no estaba yo aqui, que á fe,
que al instante te traxera
sabido, no solo el nombre,
la calidad, y la hacienda,
pero la fe del Bautismo.
Juan. No quedó por diligencia.
Barz. Pues por qué?
Juan. Por un acaso.
Barz. Y qué fue?
Juan. Yendo tras ella,
con deseo de saber
su casa, al tomar la vuelta
que hace la calle del Prado,
vi trabada una pendencia.
Eran tres hombres á uno,
que con brio, y con destreza
de los tres se defendia;
(si para tres hay defensa)
no dudo que le matáran,
aunque tan valiente era,
si yo cumpliendo animoso
de mi obligacion la deuda,
no me pusiera á su lado;
vióse socorrido apenas,
quando con mayor esfuerzo
los embistió, de manera,
que dió con uno en el suelo,
llegó gente, fuele fuerza
retirarse, y yo con él,
hasta dexarle en la Iglesia;
de suerte, que por dar vida
á otro, quedé yo sin ella,
pues no seguí á la muger.
Barz. Y el caballero quien era?
Juan. Tampoco le conocí,
que aunque dello me dió muestras
de agradecido, al instante
hice de la calle ausencia,
por no hacerme yo en la herida
complice.
Barz. Prevencion cuerda;
y volviendo á la muger,
me he holgado saber que sea
principio de amor tan tibio
la causa de su tristeza.
Juan. Por qué?
Barz. Porque tu sabrás
divertirla; pues apenas

ha-

habrás visto otra, mañana,
quando no te acuerdes de esa.
Juan. Podrá ser, pero yo dudo
que haya cosa que divierta
afecto tan poderoso,
tan rigurosa violencia,
como ahora siento en el alma.
Barz. Sola una vez que se dexa
ver una hermosura, puede
enamorar con tal fuerza?
Juan. La muerte da un basilisco
de sola una vez que vea;
la vibora da la muerte
de sola una vez que muerda;
la espada quita la vida
de sola una vez que fiera,
y de una vez sola el rayo
mata, aun antes que se sienta.
Luego siendo basilisco
Amor, vibora sangrienta,
blanca espada, y vivo rayo,
bien puede dar muerte fiera
de sola una vez que mire,
de una vez que haga la presa,
de una vez que se desnude,
y de una vez que se encienda.
Barz. Y Marcela á todo esto
qué dice, señor? *Juan.* Marcela
es dama de cada dia,
ni entra, ni sale en la cuenta.
Todo ocioso cortesano,
dice un adagio, que tenga
una dama de respeto,
que sin estorbar, divierta;
y ésta se llame la fixa,
porque á todas horas sea
quien de las otras errantes
pague las impertinencias.
Barz. Bueno es eso; para estar
ella tan vana, que piensa
que no hay hombre hoy en el mundo
mas enamorado. *Juan.* Esa
la maña es que ella lo piense,
y que á mi no me acontezca:
y porque mejor lo digas,
sabe, que como me es fuerza,
por haber sido soldado,
pues con el Duque de Lerma
á Italia pasé, y á Flandes,
ir á esta jornada, ella
muy dama, por hacer todas
las caravanas de ausencia,
esta venera me ha dado
para que memoria tenga,
y dentro un retrato suyo.
Barz. Dame para reir licencia.
Juan. Pues de qué te has de reir?
Barz. De que las Marcelas tengan
vanidad de retratadas:
qué dexa, señor, qué dexa
á una Infanta de Catay,
tratada casar en Persia?
Mas donde vamos ahora?
Juan. A hacer una diligencia
perdida, por ver si puedo
saber quien la dama sea.
Barz. Qual es?
Juan. Ir al puesto mismo
donde la vi la primera
vez, por si por dicha hoy,
que tambien es dia de fiesta,
vuelve á él, que yo no dudo,
que vive por aqui cerca.
Barz. De qué lo infieres?
Juan. De que
una muger como aquella,
á pie no fuera muy lejos.
Barz. Si en este barrio viviera,
donde vivimos nosotros,
no era fuerza conocerla?
Juan. No, que puede haber muy poco
que á él se haya mudado, fuera
de que aqui nada se sabe.
Barz. Dices bien, si consideras,
que en Madrid Partos y Medos
viven una casa mesma,
sin saber unos de otros.

Salen al paño por la puerta de mano izquierda Marcela, é Ines.

Marc. Tapate; porque no pueda
conocernos. *Ines.* No podrá,
aunque nos hable, y nos vea.
Marc. Es tal su divertimiento
estos dias, que me fuerza
á seguirle, por saber
donde sale, y donde entra.
Ines. A la puerta de San Jorge
se ha parado. *Marc.* Pues en esta
de este portal nos entremos
nosotras. *Juan.* Barzoque, espera,

no entres en la iglesia. *Barz.* Estoy
yo excomulgado?
Ines. El se acerca:
si nos conoció? *Marc.* No sé:
ponte detras desta puerta,
por si nos vió.
Juan. A este umbral
nos paremos.
Barz. Pues qué intentas?
Juan. He visto, sino me engañan
los delirios de mi idea,
todo el sol cifrado á un rayo,
y todo el cielo á una esfera:
aquella que sale (ay cielos!)
del templo ahora, es la mesma
que vi; repetido el daño,
no es posible que me mienta:
y para que no repare
alguien que vamos tras ella,
dexandola antes pasar,
es mejor que no nos vea.
Marc. Ines, oistelo? *Ines.* Sí.
Marc. No fue vana mi sospecha.
Salen Leonor, dama, Juana, criada, y Alvarez, escudero.
Leon. Alvarez?
Alv. Señora? *Leon.* Haced
traer la silla. *Alv.* Voy por ella.
Juana. Para ir á casa, has mandado,
señora, estando tan cerca,
traer silla? *Leon.* No voy á casa,
Juana, ahora, que aunque sea
contra el gusto de mi hermano
tomarme aquesta licencia,
á verle á su retraimiento
voy, tu da á casa la vuelta.
Alv. Ya está aqui la silla.
Leon. Abridla.
Barz. En una silla se entra.
Leon. Amor y honor, qué quereis?
dexadme, que ya estoy muerta;
pues de mi amante, y mi hermano
lloro á un tiempo dos ausencias.
Sale Don Juan al tablado, y las dos se van, y salen tras él Marcela, é Ines.
Juan. No es, Barzoque, mas hermosa,
que yo supe encarecerla?
Barz. Las cosas que no me tañen,
nunca me detengo en verlas;
dexeme ver la criada:
vaya, ni es mala, ni buena,
mediocre es.
Juan. Dicha he tenido.
Barz. Qué aguardas? vamos tras ella,
no haya otra pendencia antes
de saber su casa. *Juan.* Es fuerza,
que iman de rayos, tras sí
arrebatado me lleva,
girasol de su hermosura.
Al irse á entrar, le detiene Marcela.
Marc. Pues vuesarced se detenga,
que el girasol con la vista
sola sigue la belleza
del sol, pero no se mueve.
Juan. Vive el cielo, que es Marcela.
Barz. No lo dixe yo? peor
es esto, que la pendencia.
Juan. Marcela, pues qué venida
por estos barrios es esta?
Marc. Es venir á averiguar
la causa de las tristezas
destos dias, y hela hallado
á precio de una experiencia.
Juan. Huelgome, porque hasta ahora
yo no he sabido qual sea,
y diciendomela tu,
será mas facil vencerla.
Marc. Pues si no lo sabes, es,
Don Juan, para que lo sepas,
haber visto el sol cifrado
á un rayo, el cielo á una esfera.
Barz. Muertos somos, si oyó aquello
del retrato, y la venera.
Juan. Barzoque, mira si dixe
yo bien: que seas tan necia,
que no eches de ver, que habia
conocidote, y que á esta
puerta me puse á hablar eso,
en venganza de que vengas
siguiendo en aquese trage
mis pasos?
Barz. Y por mas señas
del haberos conocido,
desde que entrasteis en esta
calle, venisteis andando
hasta aqui.
Marc. Hay tal desverguenza?
pues tu, picaro, tambien
te burlas de mi? *Juan.* No seas
ter-

terrible, que por tu vida.
Marc. Di la tuya. *Juan.* No es la mesma?
que te habia conocido.
Marc. No está mala la deshecha.
Juan. En tanto, Barzoque, que
yo desenojo á Marcela,
vé á ver si hallas aquel hombre
que ha de aceptar esa letra.
Barz. Yo voy.
Marc. No quiero que vayas.
Juan. Importa la diligencia.
Marc. No le dexes ir, Ines.
Ines. Yo le tendré: infame, espera,
y aquello de la mediocre,
y no ser mala, ni buena
la criada? *Barz.* Todo eso
en la disculpa no entra?
Por tu vida, que es la mia,
asi en mal fuego la vea
arder, que te conocí.
Marc. D. Juan aunque mas pretendas
persuadirme, es imposible;
yo sé bien, que las tibiezas
destos dias han nacido
de nueva pasion, que fuerza
tu voluntad á que faltes
á tantas nobles finezas
como me debes. *Juan.* No sé
que haya razones que puedan
satisfacerte; y es cosa
muy temeraria, que quieras
hacer verdad tu mentira
á costa de mi paciencia.
Marc. Qué es mi mentira verdad?
si es la que miente tu lengua.
Juan. Mira que estás en la calle,
no des voces, esas quejas
suenan en casa mejor,
véte por tu vida á ella,
que yo voy tras ti. *Marc.* Si es
despedirme con tal priesa,
por ir siguiendo el iman,
que arrebatado te lleva,
véte, véte, que no quiero
que imagines, ni que entiendas
que he de sentir el desayre.
Barz. Cuidado con la venera,
que este es paso de perderla.
Juan. Pues como tu no lo sientas,
yo me iré, no porque tengo
que sentir, mas porque veas
que no he de sentir el tuyo
tampoco yo. *Marc.* Pues espera,
que por si, ó por no, no quiero
que por ahí te vayas. *Juan.* Suelta,
Marcela. *Marc.* Ingrato.

Sale Don Pedro, viejo.

Ped. Don Juan?
Juan. Señor? *Ped.* Pidele licencia
á esa dama, porque importa
el que conmigo te vengas.
Marc. Ya, sin pedirla, la tienes;
en tu vida no me veas,
ni me hables: vamos, Ines,
de rabia y zelos voy muerta. *Vas.*
Juan. Qué buena ocasion perdí!
Barz. Pues qué importa que se pierda,
como no se haya perdido
el oro de la venera?
Juan. Qué es, señor, lo que me mandas?
Ped. Aunque reñirte pudiera
haberte hallado, Don Juan,
sin recato, ni prudencia,
hablando en la calle á voces;
lo que te quiero, es, que sepas
que ya el señor Almirante
partió á Vizcaya, y es fuerza
que salgas hoy de Madrid,
y aun por la posta quisiera,
porque en el sitio te halle,
quando llegue su Excelencia:
Lo que habia detenido
tu partida, solo era
esperar á que Barzoque
viniese, ya está la letra
socorrida, nada falta;
y asi á toda diligencia
es menester salir hoy,
que no es justo, estando puesta
pena de traidor á quien,
habiendo servido, dexa
de salir, que comprehendido
tu en el bando, te detengas
ni un instante. *Juan.* Ya tu sabes
quanto estoy á tu obediencia
sujeto siempre; y aunque
te parece que me encuentras
mal divertido, una cosa
son cortesanas licencias,
y otra obligaciones justas.

Ped.

Ped. Quanto estimo esa respuesta!
véte, pues, conmigo donde
una cantidad me truecan
de dinero, porque tu
lo recibas; las maletas
puedes poner tu entretanto,
Barzoque. *Barz.* Voy á ponerlas.
Juan. Pues, si vas á casa, toma,
estos papeles te lleva,
que son los de mis servicios,
que por descuido ó pereza,
desde que fuí á registrarlos,
andan en la faldriquera,
y ponlos entre la ropa.
Barz. Harélo como lo ordenas.
Ped. Vén, Don Juan, porque á vestirte
luego de camino vuelvas.
Juan. Ignorado amor, perdona,
si antes de saber quien seas,
me ausento de ti, que no
será tu olvido mi ausencia.
Salen Don Diego, y Enrique criado.
Enr. Si de esa manera das
lugar á tu pensamiento,
aunque quieras, no podrás
pararle, que el sentimiento
discurrido crece mas.
Dieg. El mas recibido error,
que hay en el mundo, en rigor,
ser ese consuelo suele,
que es decir á quien le duele,
que no piense en su dolor.
No es lo mas que yo he sentido,
pues suya la culpa fue,
el haber á un hombre herido,
ni que él de peligro esté,
estando yo retraido;
pues con ausentarme, hallado
estaba el medio al cuidado;
mi pena es mas inhumana
tener, Enrique, una hermana
moza, hermosa, y sin estado:
esta es toda mi pasion,
que no, Enrique, la ocasion,
que en este trance me ha puesto.
Enr. Yo espero en Dios, que muy presto
mejore tu confusion,
que ese hombre sanará,
con que muy facil será
las amistades hacer.
Dieg. Don Luis se ofreció á saber
que declaró, y como está:
mas como anda de partida,
lugar quizá no ha tenido,
con que mi pena atrevida
hoy me tiene suspendido
entre su muerte, y su vida.
Enr. Don Luis es tu amigo; espera
en su amistad verdadera,
que aunque de partida está,
con la respuesta vendrá.
Dieg. En esa sala de afuera
ruido siento; sal á ver,
Enrique, quien puede ser.
Enr. Ya serán intentos vanos,
que de una silla de manos
ha salido una muger
tapada, y entra hasta aquí.
Dieg. Qué es lo que mis ojos ven!
muger á buscarme á mí?
Sale Leonor.
Leon. Y muger que os quiere bien.
Dieg. Leonor, hermana, tu asi
vienes? pues no te he rogado
en papeles, que he enviado,
que esta fineza no hicieses,
ni á verme, Leonor, vinieses?
Leon. Quando obedeció el cuidado,
y mas cuidado de amor?
y viniendo desta suerte,
qué importa? *Dieg.* Nada en rigor,
mas de poder alguien verte
en cas de un Embaxador;
y no sabiendo que he sido
yo el que á ver hayas venido.
Leon. De todo estoy avisada,
y en una silla, y tapada,
nadie me habrá conocido:
como estás?
Dieg. Como he de estar?
con mil cuidados, Leonor,
que tras sí trae un pesar.
Leon. Ya sucedió, ya es error
que en él me quieras hablar,
aunque vengo á hablar yo en él;
no fiando mi pasion
á un papel, porque el mas fiel
es, en efecto, un papel,
que habla sin alma, ni accion;
y asi, á la voz se remita

lo

lo que mi amor solicita:
una merced á pedirte
vengo, que no ha de salirte
muy de valde la visita.

Dieg. Pues qué me quieres? *Leon.* He oido,
que ese hombre, que has herido
hoy muy de peligro está;
fuerza ausentarte será:
y asi, lo que yo te pido,
es, que de toda mi hacienda
te socorras, ó se venda,
ó se abrase, porque no
te vea en una carcel yo:
y porque mejor se entienda
el fin de mi pensamiento,
es pedirte que te alejes,
con ser lo que yo mas siento;
y solamente me dexes
con que viva en un Convento.

Dieg. Sabe Dios, que no he tenido,
Leonor, cuidado mayor,
que tu en lo que ha sucedido;
pero oyendote, Leonor,
mi mayor consuelo has sido.
Mira tu donde estarás
mas á tu gusto, y mejor;
porque yo no quiero mas
hacienda, vida, ni honor,
que saber que quedarás
en un Convento sin mi,
ya que tan infeliz fui
en lo que me sucedió:
pero vive Dios, que no
lo pude escusar, pues vi,
que por muy leve porfia,
que jugando habia tenido
con un hombre el mismo dia,
siguiendome habia venido
con otros en compañia;
paréme, y quando llegaron,
tres las espadas sacaron;
saqué la mia: no sé,
como tal mi dicha fue,
Leonor, que no me mataron;
y no dudo, que logrado
su intento hubieran, primero
que yo me hubiera librado,
si á este tiempo un caballero
no se pusiera á mi lado.
Jamas, hermana, sospecho
que vi igual valor: qué ayroso,
qué en sí, de sí satisfecho,
desempeñó generoso
la roxa insignia del pecho!
Yo quando me vi valido,
con aquel que habia reñido
cerré sin ningun rezelo,
y dí con él en el suelo;
llegando mas gente al ruido,
me entré en San Jorge, amparado
siempre de aquel caballero,
que nunca dexó mi lado,
hasta que dixo: no quiero,
pues vos estais ya en sagrado,
hacerme complice yo;
á Dios quedad, y salió
de la Iglesia: agradecido
al socorro recibido,
saber quise el nombre, y no
pude, porque llegó en esto
justicia; queriendo entrar,
cerraron las puertas presto:
y yo, por no me quedar
á alguna violencia expuesto,
no quise parar alli,
y asi, á la noche salí,
y vine donde ahora estoy
con tantas desdichas hoy,
que. *Enr.* D. Luis entra hasta aqui.

Vase Enrique, y sale D. Luis de camino.

Dieg. Tapate, Leonor, la cara,
no te vea. *Luis.* Si pensára
hallaros entretenido;
tan necio é inadvertido,
antes de llamar, no entrára:
á daros cuenta venia
de lo que vos me mandais;
pero necedad seria
divertiros, quando estais
con tan buena compañia:
pesame de que no sé
si dar la vuelta podré,
que puesta á caballo ya
está la gente que va
conmigo; solo os diré,
que con el herido he estado,
y que está mucho mejor;
que el Escribano, obligado
de mi tambien, me ha enseñado
la

la causa.

Sale Enrique.

Enr. El Embaxador
mismo á la puerta llegó
deste quarto, preguntando
por ti. *Dieg.* Pues justo es que no
vea muger aqui, quando
tal merced me hace; asi yo
á ver que manda saldré
á esotra pieza: no os vais,
Don Luis amigo, sin que
todo aqueso me digais.

Luis. Vamos los dos *Dieg* Para qué?
si él quiere hablarme, es error:
aqui os estad. *Enr.* Ya él te espera.

Dieg. Agradecedme el favor:
y de ninguna manera
tu te descubras, Leonor.

Vanse Enrique, y Don Diego.

Leon. A obedecer no me obligo
el precepto que me dais:
no hablais mas, que eso conmigo?

Luis. Nunca yo suelo hablar mas
con la dama de mi amigo.

Leon. Es muy justo proceder,
muy conforme á vuestra fama;
pero hablad, llegando á ver,
que no solo soy su dama,
pero no lo puedo ser. *Descubrese.*

Todo esto dice con priesa, y mirando adentro.

Luis. Señora, mi bien, Leonor,
contigo sí, que mi amor
tan digno es, como tu sabes;
y es fuerza que mas le alabes
de fino, que de traidor.
Parecerá error primero
guardar á su amor decoro,
que á su honor, no solo infiero
el fin con que yo te quiero,
y la fe con que te adoro;
pues no haber hasta ahora dado
parte de nuestro deseo
á Don Diego, lo ha causado,
no ser dueño de un honrado
mayorazgo que pleyteo;
con que la disculpa es llana,
pues si se atiende al defecto,
no ha sido intencion villana
el hablar con mas respecto
á su dama, que á su hermana.

Leon. Ya, en fin, de camino estás?

Juan. Sí, pues tu ocasion me das.

Leon. Acaso te he dicho yo,
Don Luis, que te ausentes?

Luis. No;
pero eso me obliga mas.

Leon. Como asi?

Luis. Como mi amor,
atento solo á quererte,
se ha valido del honor,
porque para merecerte,
no hallo tercero mejor.
El es el que me ha mandado
que acuda á la obligacion
de caballero, y soldado,
que al fin, servicios de honrado,
meritos de amante son:
mal sin opinion pudiera
servirte yo. *Leon.* Dices bien;
pero yo, Don Luis, quisiera
que esa fineza tambien
menos á mi costa fuera,
y por no gastar en vano
este pequeño lugar;
pues aunque te estimo, es llano,
que en mi casa no has de entrar,
no estando en ella mi hermano.
Solo decirte es mi intento,
que tal fe mi pecho encierra,
que quando, al honor atento,
tu, Don Luis, vás á la guerra,
yo me quedo en un Convento.
Solo tu la causa has sido
con que á pedirlo he venido;
y puesto que á mi tristeza
tu debes esta fineza
mas, que al lance sucedido
á mi hermano en la pendencia,
de que el mismo amor es juez,
haya igual correspondencia,
vuelva siquiera una vez
por su opinion el ausencia.

Luis. Yo haré que el mundo repare
que hay ausencia, que se ampare
de olvido, en mi retraida;
pues Dios me quite la vida
el dia que te olvidáre.

Leon. La misma palabra dió
mi fe; y si tan grande dicha

no la mereciere yo.
Luis. Qué? *Leon.* Será por mi desdicha,
pero por mi culpa no.
Sale D. Dieg. Venia el Embaxador
á decirme, que ha tenido
un papel de un gran señor,
que siempre ha favorecido
mis fortunas su valor,
en quien le dice quien soy,
y como en su casa estoy,
que me favorezca, y él,
á su obligacion fiel,
vino á ofrecerseme hoy.
Esto es lo que me ha querido,
decid vos, qué habeis sabido
de mis desdichas? *Luis.* Hablé
á un amigo, que lo fue
tambien de ese hidalgo herido,
y acompañandole yo,
á su casa me llevó,
víle en extremo alentado:
despues, habiendo buscado
al Escribano, me dió
la causa; y en conclusion,
calla en su declaracion
quien le hirió, diciendo, que
sobre el encontrarse fue
muy acaso la question.
Con esto, Don Diego, á Dios,
y creed, que aunque me alejo,
el amistad de los dos
es tal, que al dexaros, dexo
mi vida, y alma con vos. *Vase.*
Dieg. Qué amigo tan verdadero!
Leon. Bien lo muestra su fineza.
Dieg. Leonor, pues que considero
mejorada mi tristeza,
que no hagas novedad quiero.
Leon. Yo no tengo voluntad:
ó si esto fuera verdad. *ap.*
Dieg. Yo te lo estimo, y ahora
véte, hermana, que ya es hora:
prevenirte, es necedad,
de que con recato estés,
que tus ventanas y puertas
á todas horas. *Leon.* No es
menester que tu me adviertas,
que soy quien soy: dame, pues,
los brazos, y cree de mi,
que en mi vida he recibido
pesar, como el que ahora aqui
despidiendome he tenido.
Dieg. Todo lo creo de ti. *Vase.*
Salen Don Juan, Barzoque, y Don Pedro, y Celio con luces.
Juan. Está todo puesto ya?
Barz. Ya, señor, todo está puesto;
solo falta de ponerte
tu á caballo. *Ped.* Mira, necio,
si se olvida algo. *Barz.* Ahora iré
la memoria recorriendo:
mi amo aqui está, yo aqui estoy,
las mulas alli estan; bueno,
cabales hasta aqui estamos
tantas mulas, como dueños:
las maletas alli estan,
la sombrerera, y el fieltro.
Juan. Fieltro llevas en verano?
Barz. Quizá volveré en invierno.
El quitasol. *Ped.* Quitasol,
yendo de noche? *Barz.* Por eso,
que quien de noche camina,
le ha menester, pues es cierto
que hace calor, y no estan
las posadas tan á tiempo,
que no dé un poco de sol;
y quando no sirva desto,
hay mas de hacer del que fue
quitasol, quita sereno?
Las botas grandes. *Juan.* En Julio
botas? *Barz.* Estas que yo llevo,
yo he de calzarlas. *Ped.* Ahora?
Barz. Pues para quando se hicieron
ellas, sino para quando
hay mayores sedes? *Juan.* Luego
son de vino? *Bar.* Pues. *Ped.* Y quantas?
Barz. Dos, por igualar el peso.
Ped. Si escuchamos este loco,
no saldrás, á lo que entiendo,
de aqui hasta el amanecer.
Barz. Nada se olvida en efecto;
vamos, si bien no sé que
escrupulo acá me tengo,
de que se me olvida algo,
que dudando y discurriendo,
me acuerdo de cierta cosa,
y que cosa es no me acuerdo.
Juan. Dame tu mano, señor.
Ped. De nada, Don Juan, te advierto,
tus obligaciones sabes,

á Dios, pues; y plegue al cielo,
te traiga con bien. *Juan.* No sé
si te lo atorgue, que temo
no volver vivo; qué mucho
si antes de partir voy muerto?
ausencia, pues te llamaron
remedio de amor y zelos,
pues me ves morir de amor,
dame, ausencia, tu remedio. *Vase.*
Ped. Alumbrad. *Barz.* Dame los pies.
Ped. Barzoque, solo te ruego
cuides mucho de tu amo.
Barz. Una y mil veces lo ofrezco,
qué quieres de mi, memoria?
dexame, todo lo llevo,
nada dexo de importancia,
pues las dos botas no dexo. *Vase.*
Ped. Obligaciones de honor,
mucho me debeis, pues tengo
valor para ver partir
á tan conocido riesgo
un hijo, y siendo yo mismo
quien mas su peligro temo,
fui quien mas para el peligro
le animo, que le detengo.
Pero vaya, mozo es,
sirva al Rey, pues es tan cierto
que es la sangre de los nobles,
por justicia y por derecho,
patrimonio de los Reyes.
Ola. *Cel.* Señor? *Ped.* Vamos, Celio,
con luz recorriendo ahora
de Don Juan el aposento
por esa puerta que cae
á mi quarto, y á ver luego
si la que cae á la calle
cerrada está. *Cel.* De eso vengo,
y está cerrada; si bien,
que hayas de reñirme temo
un descuido. *Ped.* Pues qué ha habido?
qué se ha olvidado? Di presto.
Cel. Pedir, señor, á Barzoque
la llave de ella. *Ped.* Pues eso
qué importa que él se la lleve,
si yo llave maestra tengo:
y pues hay aqui recaudo
de escribir, escribir quiero:
llegame bufete, silla,
y luces. *Cel.* Ahora, siendo
mas de media noche ya,
quieres escribir? *Ped.* No puedo
escusarlo, porque son
unas cuentas: mas qué veo!
los papeles de Don Juan
(qué gran descuido!) son estos,
mira si alcanzarle puedes
Cel. Como he de alcanzarle, habiendo
tanto tiempo que partió?
Ped. Pues luego al punto, al momento
busca en que ir hasta alcanzarle,
y daselos, porque es cierto
que sin ellos no podrá
cobrar su ventaja y sueldo.
Cel. Hasta la mañana, quien
me dará en que ir?
Dentro ruido y voces.
Dent. Tod. Fuego, fuego.
Ped. Mira qué voces son esas
tan cerca. *Leon. dent.* Valgame el cielo!
Ped. De casa. *Cel.* Yo voy á ver
donde son *Dent. Jua.* Huyamos presto,
señora, pierdase todo,
pero no las vidas. *Tod.* Fuego.
Ped. Donde será? *Leon.* Pues abierta
esta casa está. *Ped.* Qué es esto?
Sale Leonor medio vestida.
Leon. Una muger infelice,
á quien esta luz (mi pecho
me ahoga) traxo hasta aqui,
de sus desdichas huyendo:
si sois, señor (muerta estoy)
como mostrais, caballero,
amparadla (qué desdicha!)
pues basta saber (no puedo
hablar) que de vos se vale
en ocasion que (el aliento
me falta) su misma casa
la echa de sí. *Ped.* Deteneos,
sosegad, que habeis llegado
donde halleis, yo os lo prometo,
amparo y favor: qué ha habido?
Leon. Que estando ahora.
Dent. Tod. Fuego, fuego.
Leon. Esas voces os respondan:
en mi casa, en mi aposento
son. *Ped.* Qué casa es?
Leon. La frontera.
Ped. A ella acudiré, y ofrezco
poner quanto yo pudiere
en salvo; vamos corriendo,

lla-

llama todos los criados:
vos aqui estad, mientras vuelvo.
Vanse Don Pedro, y Celio, y sale Juana.
Juana. Ay señora, qué desdicha!
todo se nos queda ardiendo;
como me cogió salí.
Leon. Mayor pudo sucedernos,
si dormidas nos hallára:
ya que agradecerle tengo
á mi fortuna, que tantas
penas me haya dado á un tiempo;
pues la ausencia de Don Luis,
de mi hermano el retraimiento,
desvelada me tenian,
para que pudiese (ay cielos!)
la vida escapar, quizá
para mayores tormentos.
Juana. No sé como el fuego pudo
encenderse. *Leon.* No apuremos
como pudo suceder,
pues ya sucedió; y no quiero
ser ingrata á mi ventura,
acordandome en suceso
tan infelice de nada,
ni como pudo ser, puesto
que no perdiendo la vida,
todo es poco quanto pierdo.
Juana. No dudo que nada pierdas,
que á lo que desde aqui veo,
todo á esta casa lo traen;
y si no me engaño, pienso
que es menos el fuego, pues
ya el ruido, señora, es menos.
Ped. Entrad á ese quarto toda
la ropa: gracias al cielo,
señora, que ha succdido
felizmente; todo el fuego
queda apagado, que fue
dicha socorrerle presto;
toda la hacienda tambien
está en salvo. *Leon.* Agradeceros
tan grande merced quisiera;
pero á empezar no me atrevo,
por no dexar desayrado
tan noble agradecimiento:
guardeos el cielo mil años;
y supuesto que ya os debo
tal merced, dadme licencia
para recibirla, yendo
acompañada de vos
á mi casa. *Ped.* Deteneos,
y considerad, señora,
que aunque ya cesó el incendio,
no el humo, y á ahogaros basta
el que hay en vuestro aposento:
demas, de que fue forzoso,
para cortarle, en el suelo
el tabique derribar
de la alcoba; y fuera desto,
toda vuestra ropa está
en mi casa; y asi, es cierto
que en la vuestra no podeis
entrar, señora, tan presto.
Leon. Pues qué he de hacer, infelice
de mi, que una amiga, un deudo,
donde pudiera albergarme,
ambos viven de aqui lejos:
y á estas horas, y desnuda,
ir yo. *Ped.* Si el ser caballero
os asegura, señora,
de mi proceder, saliendo,
sobre la sangre, las canas
fiadoras de mi respeto:
y para decirlo todo
de una vez, si el ser Don Pedro
de Mendoza os asegura,
lo que yo ofreceros puedo,
este quarto es, donde entrasteis,
tan apartado, y tan lejos
del mio, que nadie tiene
que hacer en él; no está puesto
como mereceis, mas hay
una cama, por lo menos,
para pasar lo que falta
de la noche, hasta que siendo
de dia, á la casa vais
de esa amiga, y de ese deudo;
y por mas seguridad,
si no basta todo esto,
tomad la llave vos misma,
y cerrareis por adentro.
Leon. La seguridad mayor,
señor, que yo tener debo,
es, ser quien sois; pero no
quisiera yo, porque tengo
mucho que perder, que alguno,
por objecion de suceso
tan extraño, me pusiera,
ó bien malicioso, ó necio,
el que me quedé una noche

fuera de mi casa. *Ped.* Un riesgo
tan preciso y tan forzoso
disculpa un atrevimiento;
y mas tan licito y justo.
Quedaos aqui, y yo os ofrezco
del menor inconveniente,
que de esto os resulte, haceros
satisfecha. *Leon.* Esa palabra
me dais? *Ped.* Sí.
Leon. Pues yo la acepto;
Juana, véte á casa tu,
para que cuides de aquello
que alli quedó. *Juana.* A casa yo?
Leon. Sí, pues yo segura quedo.
Ped. Esta es la llave. *Leon.* Señor,
no la tomo por rezelo,
sino por poder decir,
que me cerré por adentro.
Vanse todos, y hace que cierra ella.
Qué quieres de mi, fortuna,
que en tantos lances me has puesto?
dame mas valor, ó no
me dés tantos sentimientos.
Quien creerá que en quatro dias
caben tan raros sucesos,
como me han acontecido?
y aun con todo no me quejo
de ti, fortuna, porque
para adelante te quiero
por amiga, que aun te queda
cabal el poder, y temo
lo que puedo padecer,
aun mas de lo que padezco!
Sientase en una silla.
Rendida, dudo si diga
de mis desdichas al peso,
ó á las señas de mortal,
en esta silla me siento,
tan dudosa, que no sé
si podrá el entendimiento
distinguir, si el que me rinde
es el desmayo, ó el sueño:
cielos, no descanso os pido,
paciencia sí.
Quedase dormida, y salen Don Juan y Barzoque.
Juan. Abre mas quedo,
no alborotemos la casa,
si está mi padre durmiendo:
ya que habiendote dexado
todos mis papeles puestos
sobre el bufete, la llave
llevaste de mi aposento;
porque en un descuido, otro
pueda servir de remedio.
Barz. Vive Dios, que no he tenido
tal pesadilla y desvelo,
como el que llevaba, hasta
acordarme que eran ellos
lo que se olvidaba, bien,
que fue dicha ser tan presto.
Juan. O qué feliz fuera yo,
si como á Madrid me vuelvo
á buscar unos papeles,
volviera alegre y contento
á buscar una hermosura
que dentro del alma tengo.
Barz. Qué dieras, señor, por verla?
Juan. Diera el alma. *Barz.* Caro precio.
Juan. Entra en la sala. *Barz.* A esta hora
hay luz en ella? á qué efecto?
Juan. Algun criado quizá
estará: mas santos cielos,
Repara en ella.
qué miro! *Barz.* Jesus mil veces!
Juan. De qué tiemblas?
Barz. De algo tiemblo:
pues es la muger que está
sobre esa silla durmiendo,
la misma que adoras. *Juan.* Bien
la extrañeza del suceso
puede dar admiracion,
miedo no. *Barz.* Como no miedo?
si quando ofreces el alma,
te la hallas en tu aposento,
en fe de que te aceptó
la palabra el diablo. *Juan.* Necio,
tan bien mandado es el diablo?
Barz. No lo es, pero suele serlo:
quien querias tu que aqui
te la tuviese? *Juan.* Sucesos
que ahora no se ofrecen. *Barz.* Pacto
ha sido explicito, es cierto.
Juan. Llega esa luz. *Barz.* Yo llegar?
Juan. A donde te vas? *Barz.* Huyendo
della, y de ti; con las mulas,
y el mozo, señor, te espero,
si bien, un diablo, y un mozo
de mulas, todo es lo mesmo. *Vase.*
Juan. Ignorada deidad mia,

si

si eres en esta ocasion
el cuerpo de mi ilusion,
la alma de mi fantasía;
si sombra, que helada y fria
mi imaginacion formó,
como hizo en quien no te amó
mi imaginacion efecto?
luego no eres mi concepto,
pues te ve otro mas que yo?
Pues siendo en mi devaneo
cuerpo con alma y sentido,
quien pudo haberte traido
al lugar donde te veo?
conjuro de amor no creo
haberle tal, que pudiera
atraerte aqui, de manera,
que aunque aqui te llego á ver,
no hallo razones de ser
fingida, ni verdadera.
Pues qué serás? que rendido
á una duda, y otra duda,
no hay desengaño que acuda,
sino á quitarme el sentido:
sueño debe de haber sido
quanto estoy viendo y tocando,
aunque tampoco, mirando
que fuera impropiedad, siendo
tu la que aqui estás durmiendo,
ser yo el que aqui está soñando.
Aunque bien puede ser, sí,
que si de ser inmortal
el alma, es clara señal
el sueño, y yo te la dí,
cierto es, que aunque aníme en mi,
en ti vive; y asi, quando
duermes tu, estoy delirando
yo, con que ser puede (ay Dios!)
con un alma estar los dos,
tu durmiendo, y yo soñando.
Y puesto que sueños son
las dichas y los contentos,
soñemoslos de una vez,
hermosa deidad. *Despierta Leonor.*
Leon. Qué es esto?
Juan. Es un afecto de amor
no hallado acaso, aunque serlo
parece, pues es buscado
del mismo amor. *Leon.* Como, cielos,
asi se rompe una fe
jurada? ved. *Juan.* Nada veo.
Leon. Que yo en confianza vuestra.
Juan. Ninguna es la que yo os debo.
Leon. Aqui me quedé. *Juan.* Es en vano
disuadirme de mi intento.
Leon. Vos sois noble? *Juan.* No lo sé.
Leo. Mirad quesoy. *Juan* Nada advierto.
Leon. Mas que pensais.
Juan. Poco importa.
Leon. No, sino mucho; y primero
que logreis tan gran traicion,
yo sabré romperme el pecho
con mis mismas manos. *Juan.* Yo
estorbarlo. *Leon.* Como, cielos,
tan grande traicion sufrís?
Juan. Como es de amor, no te oyeron,
porque traiciones de amor
nacen con disculpa. *Leon.* Al viento
daré voces. *Juan.* Taparéte
yo la boca. *Leon.* Piedad, cielos,
y no permitais que venga
á dar de un fuego á otro fuego.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Diego, y Juana.

Dieg. Y qué hace tu señora?
Juana. Ya no lo sabes tu? suspira y llora,
que es lo mismo que todos estos dias
la divierte, señor. *Dieg.* Tu que debias
saber, como quiẽ siempre acompañada
de ti está, aun mas amiga, que criada,
la causa de que nace su tristeza,
tambien la ignoras?
Juana. Sí, que la extrañeza
con que á mi me ha tratado,
tambien en esta parte, su cuidado
saber no ha permitido
de qué causa, señor, haya nacido.
Dieg. Pues no es fuerza, al mirar sus ansias sumas,
que quando no la sepas, la presumas?
Juana. Mi pecho solo sabe,
que la ocasion, señor, penosa y grave
de su melancolia,
dos meses ha que dura, pues el dia
nació, que á verte fue á tu retraimiento
Dieg. Aquese sentimiento,
quando de eso naciera,
ya al verme libre á mi cesado hubiera;
pues habiendo sanado

aquel

aquel hombre que herí, y efectuado
con él las amistades,
trocára los rigores en piedades,
pues en qualquier aprieto,
cesando la ocasion, cesa el efecto.

Juan. Lo q̃ en el mismo dia tambien pudo
su sentimiento ocasionar, no dudo
que fue, señor, el fuego
que en casa se encendió.

Dieg. Tampoco niego
que si de eso naciera,
muriendo el fuego, la pasion viviera;
la hacienda, ni la vida
no peligró, una y otra defendida
por la piedad y estilo lisonjero
de aquel anciano y noble caballero,
que en su casa hospedada
la tuvo aquella noche; luego en nada
esas dos ocasiones han causado
su mal, y mas habiendose mudado
de la casa á otro dia,
por el azar que dice que tenia
con ella. *Juana.* Pues en vano
decir mas que eso puedo yo.

Sale Leon. Mi hermano
aqui está: ó quien pudiera
de sus ojos faltar; pues de manera
me acusan mis desdichas, q̃ no puedo
verle la cara, sin verguenza y miedo,
propio temor de un pecho delinquente
pensar que todos saben lo que él siente.

Dieg. Leonor, hermana mia,
pues por qué sin hablarme se volvia
tu divina belleza?

Leon. Por no darte pesar con mi tristeza.

Dieg. Eso no es escusarle,
sino antes aumentarle,
añadiendo á tu gran melancolia
el rigor con que tratas la fe mia:
merezca, por tus ojos,
saber la causa yo de tus enojos.

Leon. Si de causa naciera,
á quien con mas cariño la dixera?
toda melancolia
nace sin ocasion; y asi es la mia,
que aquesta distincion naturaleza
dió á la melancolia, y la tristeza;
y para ella, los medios son mas sabios,
llorar los ojos, y callar los labios.

Die. Otros hay. *Leon.* Qué? *Die.* Aliviarla,
y ya que no vencerla, desecharla.
Quieres aquesta noche
salir á ver la mascara, en un coche,
que hace Madrid, en generosas prueba
de quanto estima las felices nuevas
de la mayor victoria,
que ha de durar eterna á la memoria
del tiempo, en duras laminas grabada?

Leon. No, que no puede divertirme nada
la comun alegria,
que antes la pena mia
halló para afligirme nuevos modos,
viendome triste, estando alegres todos.

Dieg. Pues qué podrá alegrarte?
qué podrá divertirte? qué aliviarte?
No me trates ahora como hermano,
tratame como amante, pues es llano
que lo soy, ya que no de tu belleza,
de tu virtud: qué singular fineza
no haré por ti?

Leon. Tu quieres hacer una,
que es la que mas te estime mi fortuna?

Dieg. Mi amor con imposibles acrisola.

Leon. Pues la mayor será dexarme sola.

Dieg. Qué pasion tan tirana!
mas si en eso te sirvo, á Dios, hermana.

Vase Don Diego.

Juana. Gracias, señora, al cielo,
que presto cesará tu desconsuelo,
pues ya vendrá Don Luis.

Leon. Está advertida,
q̃ á D. Luis no me nombres en tu vida,
que ya espiró en mi pecho
todo quanto antes fue: nada sospecho
que en mi pecho ha quedado,
porque hasta las cenizas han volado
de aquese arder violento,
buscalas, y hallarás las en el viento.

Juana. Siempre creí. *Leon.* No creas
nada, sino la pena que en mi veas;
y si quieres saber quanto es severa,
haz una cosa. *Juana.* Qué es?

Leon. Irte allá fuera,
que estorbas á la grave pena mia
la soledad, y no haces compañia.

Juan. Fuerza es obedecerte. *Vase.*

Leo. O quanto estimo verme desta suerte!
pues pueden sin testigos mis enojos
desahogarse: hablad labios, llorad ojos,
solos estais, decid vuestros agravios,

que-

quejaos al cielo, pues, ojos y labios,
que aunque juré callar, siendo testigo
el cielo, no es hablar, hablar conmigo.
De un fuego huyendo á otro fuego
fui; ténte, memoria, ténte,
que pues que yo no lo olvido,
no es bien que tu me lo acuerdes.
Pensé al principio, que fuera
el fiero agresor aleve
de mi honor mi huesped, ya
persuadida inutilmente
á que el ser traidor é injusto
fuese conjunto al ser huesped.
Quise dar voces, no pude,
que á un mismo tiempo fallecen
mi aliento y mis fuerzas, dudo
á qual de los accidentes;
desmayada entre sus brazos;
qué frase habrá mas decente
que lo refiera? ninguna,
porque la mas eloquente
es la que, sin decir nada,
el mas rustico la entiende.
Volví del desmayo, quando
el que (aqui el dolor se aumente)
mas osado estuvo, mas
cobarde la espalda vuelve.
O infames lides de amor,
donde el cobarde es valiente;
pues el vencido se queda
mirando huir al que vence.
Mas animosa yo entonces,
(propia accion de los que tienen
poco valor, alentarse
en sintiendo que los temen.)
Por conocer mi enemigo,
quise (ay de mi!) detenerle,
y echando la mano al cuello,
diciendo, traidor, detente,
asi una banda, de quien
estaba esta cruz pendiente,
abrióse el asa, y dexóme
con ella, á tiempo que sienten
ruido en el quarto, y á él llaman.
A abrir fui, porque me diesen
favor, quando á un tiempo mismo
el que huye, y el que viene,
aquél se va, y este se entra
por dos puertas diferentes.
Desengañéme yo entonces
de que Don Pedro no fuese
complice en traicion tan grande,
al verle entrar; y de suerte,
la verguenza me trocó
la accion, que estimando que entre,
porque vengue mis agravios,
no le dixe que los vengue:
porque viendo al agresor
ya de mis ojos ausente,
y que era entonces tan facil
no alcanzarle, y conocerle,
quise mas callar, porque
si yo una vez lo dixese,
y ninguna lo vengase,
era afrentarme dos veces.
Volví á mi casa, porque
no vi la hora de verme
sola, para preguntarle
á este testigo quien fuese
su dueño, y quando pensé
que debiera responderme:
noble es, conocer sabrá
la obligacion que te tiene,
no solo (ay de mi!) es aquesto
lo que me dice, y me advierte,
mas tan al contrario es,
que me dice claramente,
noble es, pero tan traidor,
que no á ti sola te ofende;
y es verdad, pues un retrato
que la venera contiene,
me da á entender, que no he sido
yo sola (ó traidor, aleve!)
la quejosa: O muda imagen,
dime quien es, y quien eres,
que yo por las dos venganza
tomaré, y. *Dentro Marcela é Ines.*

Marc. Jesus mil veces.
Ines. Valgame el cielo.
Leon. Qué escucho!
qué voces? qué ruido es este?
Dent. Enr. Qué desdicha!
Dent. Dieg. Acude, Enrique,
basta estar dentro mugeres.

Sale Juana.

Leon. Qué es eso, Juana?
Juana. Es un coche,
que sin cochero, y con gente,
mas que de paso, ha venido
la calle abaxo, y en ese

ho-

hoyo, que á la puerta está
abierto para una fuente,
se volcó, y no dudo que
quantos van dentro se hiciesen
mucho daño: mi señor,
que á la puerta estaba, al verle,
acudió á favorecer;
mas no hay para que lo cuente,
pues con una dama en brazos,
él, y Enrique hasta aqui vienen.
Saca Don Diego en brazos á Marcela desmayada.
Dieg. Hermana, dén tus pesares,
si es que hay pesares corteses,
treguas al dolor, y acude
piadosa, noble y prudente
á favorecer la vida
de una hermosura, pues debes,
por hermosa y desdichada,
favorecerla dos veces.
Leon. En vano, hermano, me pides
que acuda piadosamente,
pues quien sabe de pesares,
mas facil se compadece.
Sale Ines. Ninguna criada honrada
caer donde cae su ama puede,
pues todos se duelen della,
y nadie de mi se duele.
Leon. Juana, entra á prevenir
un catre donde se acueste.
Dieg. Enrique, acude tu al coche.
Leo. Tu, hermano, pues no hay mas gente
de ese camarin alcanza
agua de azar, por si vuelve,
rociandola el rostro. *Dieg.* Cielos,
no malogre un accidente
tanta copia de jazmines,
pues ya huyó la de claveles. *Vase*
Ines. Qué esté yo descalabrada,
y nadie de mi se acuerde?
Leon. Hermosa dama, si acaso
el acaso que sucede
os dexó: pero qué miro!
ó mi discurso aparentes
formas á mis ojos finge;
ó el original es este
desta copia, sí; y no solo
en la beldad se parecen,
pero en el estar sin vida,
es su retrato dos veces,
ella es la que.
Sale Don Dieg. Ya está aqui
el agua. *Marc.* Cielos, valedme!
Leon. Ya no es menester, pues ya,
hermano, en su acuerdo vuelve.
Ines. Asi volviera en el mio
yo. *Dieg.* Si albricias me pidieses,
la vida diera en albricias.
Marc. Admirada dignamente
de hallarme aqui, no sé como
mi agradecimiento empiece:
y asi, entre los dos habré
de repartirle igualmente;
mas con una distincion,
que si mi vida se debe
á algun valor, será vuestra
la accion: y si acaso fuese
milagro el mirarme viva,
vuestro el milagro, de suerte,
que hallandome entre los dos,
mi vida á los dos se ofrece,
como á noble á vos, y á vos
como á deidad excelente.
Leon. De los agradecimientos
que vuestra voz nos promete,
no es justo que yo, señora,
por entendida me muestre,
pues no soy yo la deidad;
y asi, á mi hermano se deben,
como á quien os socorrió,
esos favores corteses.
Marc. Guardeos el cielo mil años,
que ya gozosa de verme
merecedora de tales
dichas, mi vida agradece
el peligro en que me he visto.
Dieg. No agradezcais de esa suerte
accion, que, sin conoceros,
hice por vos; pues no tiene
que agradecer quien acaso
obligada llega á verse.
Si bien, por no malograr
á quien tan bien encarece
la obligacion, os suplíco
deis lugar, para que en este
breve cielo, á tanta luz,
y esfera, á tanto sol breve,
se os sirva.
Sale Juana. Ya está, señora,
prevenido donde puede

des-

descansar. *Marc.* Dadme licencia
de que tal merced no acepte,
que no es posible quedarme
á recibirla, que tiene
en mi estado tanta dicha
algunos inconvenientes.
Leon. Pues merezcamos saber
quien sois, para que no queden
dudas de vuestra salud,
sin mas noticias de quienes
informarnos, que no dudo,
segun lo que mi alma siente
vuestros sucesos, que ya
me importa precisamente
saber quien sois. *Marc.* Pues yo soy
la obligada, á mi compete
saber de la vuestra asi,
porque en ningun tiempo llegue
tanta nobleza á ganarme
de mano en tantos corteses
cumplimientos, perdonadme
callar quien soy.
Sale Enr. Ya alli tienes
el coche puesto, señora.
Ines. El demonio que en él entre.
Dieg. No vais en él, esperad.
Marc. No es posible detenerme;
quedad con Dios. *Leon.* El os guarde:
y creedme, que de suerte
me he holgado veros con mas
vida que os ví, que parece
que retratada quedais
á vivir conmigo siempre.
Marc. Y yo siempre agradecida
á tan piadosas mercedes,
esclava vuestra seré:
y vos, caballero, hacedme
merced de quedaros. *Dieg.* Yo
he de ir sirviendoos. *Marc.* De aquese
quarto no habeis de salir.
Dieg. A mi pesar, obediente,
me quedo. *Marc.* Vamos, Ines.
Leon. Enrique? *Enr.* Señora?
Leon. Hacedme
gusto de saber quien es,
y en que parte vive. *Enr.* En breve
lo traeré sabido. *Dieg.* Enrique?
Leon. Si mi hermano le detiene, *ap.*
la ocasion he de perder
de saber quien es. *Enr.* Qué quieres?
Dieg. Sabe quien es esta dama,
su casa, y que nombre tiene.
Enr. Sí haré: el servir á dos amos
facil fuera desta suerte,
mandando una misma cosa
los dos. *Leon.* Cielos, concededme
alguna luz de saber
quien aquel tirano fuese
de mi honor. *Dieg.* Permitid, cielos,
que yo á saber quien es llegue
aquesta hermosa homicida.
Leon. Y hasta entonces, alma, vuelve
á padecer y callar.
Dieg. Y amor, hasta entonces cesen
los labios; á Dios, Leonor.
Leo. El te guarde. *Dieg.* Amor, concede
alivio á mi pena. *Leon.* Honor,
treguas á mi llanto ofrece.
Salen Don Luis, Don Juan, y Barzoque.
Luis. Aqui no hemos de parar
mas, que solo á dar cebada.
Juan. Que no se perdió jornada
dixó un adagio vulgar,
por dar cebada, y oir misa.
Barz. Al contrario digo yo;
pues quando mas me importó
el caminar mas apriesa,
siempre perdí la jornada
por esas dos cosas, pues
lo que mas detiene, es
el oir misa, y dar cebada.
Luis. Barzoque, al mozo decid
que acabe, que es tarde veis.
Juan. Notable priesa teneis
por entrar hoy en Madrid.
Luis. Quien, despues de haber cumplido,
Don Juan, con su obligacion,
hallandose en la ocasion
mayor que España ha tenido;
y habiendo alcanzado ya
licencia para volver:
y al fin, llegandose á ver
que media jornada está
de Madrid, no deseó
verse entre deudos y amigos,
haciendo á todos testigos
de tantas venturas? *Juan.* Yo,
que amigos y deudos tengo,
y no se me diera nada,
que empezára la jornada

aho-

ahora. *Luis.* Pues yo, aunque vengo
tan gustoso, por traer,
Don Juan, vuestra compañia,
volar, no correr, querria.
Juan. Yo, ni volar, ni correr.
Luis. Estais, por dicha, olvidado
de lo que es Madrid? *Juan.* No estoy;
mas no tengo en Madrid hoy
cosa que me dé cuidado.
Luis. Pues quando no le tengais
en lo particular puesto,
por lo general, supuesto
que en él tan bien visto estais
de damas y caballeros,
no os da gana á volver? *Juan.* No,
porque de uno y otro yo
no necesito, y haceros
un argumento podré;
si por caballeros, donde
mayor nobleza se esconde,
qué la que en Irun dexé?
si por damas, cosa es llana,
que á mi lo mismo me inclina
angosta una vizcaína,
que ancha una castellana.
Luis. O quien se hallára, Don Juan,
tan libre, que hacer pudiera
donayre de la severa
ira de amor! No me dan
mi deseo y mi cuidado
licencia á mi para hablar
de burlas. *Juan.* Eso es mostrar
que estais muy enamorado.
Luis. Tanto lo estoy, que quisiera
poder volar con las alas
de amor, y no fueran malas
para llegar á la esfera,
adonde apenas llegó
pensamiento, que rendido
no volviese, porque ha sido
del mejor sol que ilustró
el dia de luces bellas,
el mundo de resplandores,
la primavera de flores,
y todo el cielo de estrellas.
Juan. Una pregunta hacer quiero:
esa dama que adorais,
poseeis ú deseais?
Luis. Deseo, sirvo y espero;
deseo un dulce favor,
sirvo un hermoso desden,
y espero lograr un bien,
premio de mi firme amor;
porque es el alto sugeto
que idolatramente adoro,
beldad de inmenso decoro,
deidad de sumo respeto.
Para casarme he servido
una dama, cuya pura
perfeccion, de la hermosura
honesta Venus ha sido:
iman de tan alta estrella,
á verla vuelvo, y constante
es un siglo cada instante,
que tardo en volver á vella.
Juan. Aunque tan fino os hallais,
quereis olvidarla? *Luis.* No,
ni que haya, presumo yo,
tal remedio. *Juan.* O quánto estais
templado á lo antiguo! *Luis.* Pues
qué medio hay para olvidar
una hermosura? *Juan.* Alcanzar
esa hermosura: esta es
la cura, Don Luis, mas cuerda;
porque quien tan importuna
pasion tuvo, que de una
lograda ocasion se acuerda?
Por qué pensais que Macias
enamorado murió?
porque nunca consiguió.
Yo quise bien ocho dias,
y sané luego al momento,
porque aun antes que supiera
casa, nombre, ni quien era
la tal dama, en mi aposento
la hallé una noche dormida,
sin saber quien la llevase
allí, ni que la obligase
á ser tan agradecida;
donde, entregando al olvido
de mi memoria el cuidado,
yendo muy enamorado,
salí muy arrepentido.
Luis. Pues como, sin saber que
vos la amabais, os buscó
esta dama? *Juan.* Qué sé yo.
Luis. Quien la traxo? *Juan.* Yo qué sé,
ni de saberlo he cuidado.
Barz. Como es posible, señor,
que eso cuentes sin temor?

que

que yo, de haberlo escuchado
ahora, aunque lo temblé
entonces, vuelvo á temblarlo.
Luis. Por qué? *Barz.* Porque sin dudarlo,
un diablo subcubo fue.
Juan. Calla, necio. *Barz.* Quien pudiera
ser quien en casa se hallára
al tiempo que él en voz clara
dixo, que por verla diera
el alma, y luego la vió,
sino el demonio vestido
de muger? *Luis.* Tan suspendido
el suceso me dexó,
que os tengo de suplicar,
muy despacio me conteis
como fue esto. *Juan.* Si teneis
gusto, volveré á empezar
todo el caso; estadme atento,
que entimaré divertiros.
Luis. Mucho me holgaré de oiros,
porque es extremado el cuento.
Juan. Yo vi cierta dama, cuya
beldad me agradó fiel.
Barz Que para agradarse él,
bastó que no fuese suya.
Juan. Seguirla quise, y no pude
por un grande impedimento.
Barz. Aqueso no importa al cuento.
Juan. Volví á ver si al templo acude,
donde la vi la primera
vez. *Barz.* Volvió, que aunque sagrado,
era diablo bautizado.
Juan. Siguiendola, á ver quien era,
otro acaso sucedió,
que lo embarazó tambien.
Barz. Por quien se dixo mas bien,
otro diablo que llegó.
Juan. Llegó en esto mi partida,
ausentarme determino,
quando yendo mi camino,
éste, que siempre se olvida
de lo que mas importó,
se acordó que habia dexado
mis papeles; enfadado
volví á Madrid, y por no
alborotar, quise entrar
con llave que yo tenia,
en mi quarto; luz habia;
y apenas volví á mirar
quien estaba alli, quando á ella
la vi en mi quarto dormir.
Barz. Acabando de decir,
que daria el alma por ella.
Luis. Como en tan raro suceso,
no preguntasteis quien fuese,
ni quien alli la traxese?
Juan. Quien me metia á mi en eso?
si ella se queria ocultar,
preguntarla, no sería,
quien era, descortesia?
Luis. Pues qué hicisteis? *Juan.* Sin hablar,
maté la luz. *Luis.* Para qué?
Juan. Para que ella no supiera
tampoco alli quien yo era.
Luis. Pues por qué, Don Juan?
Juan. Porque
no se pudiera alabar
jamas de que me gozó,
que tambien tengo honor yo,
y soy mozo por casar.
Fuera de que el principal
intento fue, que esto hiciese,
que mi padre no supiese
que yo habia vuelto, pues tal
prevencion me aseguraba
de la queja que podia
tener la libertad mia,
si alli por su orden estaba;
pues ahora podré negar
en todo tiempo, que fuí
el hombre que entró hasta alli.
Luis. Eso no quiero apurar,
sino saber si despues
supisteis quien era. *Juan.* Yo?
Luis. Ni quien la llevó alli? *Juan.* No.
Luis. Y ahora no os mueve, pues,
la curiosidad siquiera
de saber quien es, y alli
la tuvo? *Juan.* En mi vida fuí
curioso: y antes quisiera
no preguntarlo jamas,
ni que nadie me llegára
á decirlo, que estimára
el no saber della mas:
porque estoy ya muy cansado
de saber como se llama,
y donde vive mi dama,
qué porte tiene, y qué estado;
y asi, solo me desvela
pensar, que lo he de saber,

porque me muero, por ser
caballero de novela;
y que se cuente de mi,
que una infanta me adoró
encantada, de quien yo
no supe mas. *Barz.* Y yo si.
Luis. Y ella, qué porte tenia!
Juan. Tal, que si algo en este estado
me hubiera de dar cuidado,
su ofendido honor seria.
Luis. Y en fin, en qué paró? *Juan.* En que
antes que me conociera,
volví á cerrar por defuera,
y en el quarto la dexé.
Luis. Y no sacasteis, decid,
los papeles vuestros? *Juan.* No,
porque para negar yo
el haber vuelto á Madrid,
fue importante no traellos,
que pudiera ser que ya
los hubiesen visto allá,
y no importó, pues con ellos
un criado me alcanzó,
á quien mi padre enviaba.
Luis. Y ese criado contaba
algo de esa dama? *Juan.* No,
ni yo se lo pregunté,
porque en malicia no entrára
de haber vuelto. *Luis.* Cosa rara:
y ahora, qué habeis de hacer? *Jua.* Qué?
entrar muy disimulado
en casa. *Luis.* Pues ella ya
de ese lance no se habrá
á vuestro padre quejado?
Juan. Para quando es el negar,
sino para ahora? si bien,
hay un testigo con quien
el delito comprobar
pueden. *Luis.* Qual? *Juan.* Una venera,
que del cuello me arrancó,
con un retrato; mas no
importa, pues quando quiera,
en tales señas fundada,
convencerme, yo diré
que es mentira, porque fue
dexarmela alli olvidada.
Luis. Buen desenfado teneis,
y la dama retratada,
viendo que de la jornada
sin el retrato volveis,
no se quejará? *Juan.* Eso es cosa
que ha de darme más placer;
hay cosa como tener
uno á su dama quejosa?
fuera de que ha de faltar
una compuesta mentira,
que ablande toda esa ira?
Barz. Luego tu piensas tornar
á hablar á Marcela? *Juan.* Sí.
Barz. No te acuerdas, que quedó
muy desayrada, y que no
querrá ella hablarte á ti?
Juan. Riete de eso, que nada
hay que tenga á una hermosura
mas rendida, y mas segura,
que tenerla desayrada:
esta noche me verás
ir á visitarla, y vella.
Barz. Como? *Juan.* Como si con ella
reñido hubiese jamas.
Luis. En toda mi vida he estado,
Don Juan, mas entretenido,
que este rato que os he oido.
Ju. No es raro cuento? *Luis.* Extremado.
Barz. Ya el mozo alli nos espera.
Luis. Vamos, Don Juan, que no veo
la hora que mi deseo
llegue á abrasarse en la esfera
del sol que adoro. *Juan.* Ni yo
la hora de verme en mi cama,
que es la mas hermosa dama,
y mas comoda, pues no
pide pollera, ni coche,
y en un rincon encerrada
todo el dia está, y no enfada,
con gozarla cada noche.
Vanse, y salen Ines, y Marcela.
Ines. Aquel criado, señora,
que nuestro coche siguió,
desde el sitio en que cayó,
hasta casa, vuelve ahora
con un recado. *Marc.* Pues di
que entre.
Sale Enr. Mi señor Don Diego
de Silva con este pliego
me envia. *Marc.* Mostrad: dice asi.
Lee. *El deseo de saber de vuestra salud sea disculpa de mi atrevimiento, para lograr la dicha de haberla yo amparado, con la certeza de haberla vos con-*
se-

seguido. Yo fuera á saber de ella, si me juzgára merecedor de oirlo de vuestra boca. Suplicoos me respondais, ó me deis esta licencia. Dios os guarde.

Marc. Direis al señor Don Diego,
hidalgo, quanto he estimado
de mi salud el cuidado;
y que está de mas el ruego
con que me pide licencia
de verme en mi casa, pues
á termino tan cortés
debo igual correspondencia;
que yo seré la dichosa
en que quiera honrarla, y vella,
para que se sirva della.

Enr. Guardeos Dios: Extraña cosa
fue la aficion que cobraron
mi amo, y mi ama á esta muger,
pues los dos, hasta saber
casa y nombre, no pararon. *Vase.*

Ines. Quanto, señora, estimára,
que aqueste Don Diego fuera
el que venganza te diera
de Don Juan, y que te hallára
vengada de su desden.

Marc. No esperes ventura igual,
que basta tratarme mal,
para que le quiera bien:
y aunque tan justo seria
que hallase en mi novedad,
una cosa es voluntad,
y otra cosa cortesia:
como puedo á un caballero,
que la vida, Ines, me dió,
dexar de admitirle yo
á visita? *Ines.* Pues primero
que esa nos venga, ya ahora
otra tenemos. *Marc.* Quien es?

Ines. Una tapada no ves
entrarse hasta aqui, señora?

Sale Leonor tapada.

Marc. Quien será? *Ines.* Ella lo dirá.

Leon. Cielos, á mucho me atrevo;
mas buena disculpa llevo
en mi favor, que es que ya
tengo poco que perder,
perdido lo mas; y asi,
sola, y disfrazada aqui
vengo, á si puedo saber
el nombre de aquel traidor;
animo, agravios, pues puedo
perder á mi honor el miedo,
que antes me diera mi honor.

Marc. Qué es, señora, lo que aqui
buscais, que de esa manera
entrais? *Leon.* Sois, saber quisiera,
vos Doña Marcela? *Marc.* Sí,
que á nadie jamas negué
mi nombre. *Leon.* Ayroso desvelo:
y pues estais en el duelo
tan bien vista, sabed que
tengo un negocio con vos
á solas. *Marc.* Salte tu, Ines,
allá fuera: decid, pues, *Vase Ines.*
ya estamos solas las dos.

Leon. A mi me importa. *Marc.* Primero
que la importancia digais,
es justo que os descubrais,
que si es desafio, no quiero
daros ventaja; y es cierto
que en vos será accion indigna
tirar detras de cortina,
estando yo en descubierto.

Leon. Ventaja en mi no se halla,
que os pueda dar temor tanto,
que la cortina de un manto,
no es cortina de muralla:
y la, que siguió tan bien
la metafora, no dudo
que sepa tambien, que pudo
entrar de rebozo quien
aventurero es; y asi,
descubrirme yo no quiero,
pues la ley de aventurero
me comprehende. *Marc.* Pues decid.

Leon. A mi me importa saber
de un galan muy desta casa,
que aunque su amor no me abrasa,
me ofende su proceder,
que tanto ha que no entra en ella,
por saber si habla verdad
en algo su voluntad.

Marc. Mi reyna, mal respondella
puedo á eso, que hay á ese umbral
muertos de amor cada dia
tantos hombres, que seria
imposible saber qual
es el que usarced ha dado
satisfaccion de que ya
no me ve; y puesto que está

aquel

aquel discurso pasado
tan fresco, vuelvome á él,
si entrar buscando á ese hombre,
quiere en la fuerza, dé el nombre,
porque no ha de entrar sin él.
Leon. Aunque nombrarle pudiera,
no le hago tanto favor
como nombrarle, y mejor
lo dirá aquesta venera:
conoceisla? *Marc.* Sí, y si tiene
un retrato, será ella.
Leon. En mi mano habeis de vella,
que en la vuestra no conviene:
es este? *Marc.* Quien os le dió?
Leon. El galan que le traía;
y decid, por vida mia,
(que hable desta suerte yo!) *ap.*
qué tanto habrá que no os ve?
y como os ha dicho á vos
que se llama? que á las dos
nos engaña, yo lo sé
muy bien sabido, mudando
el nombre, por disfrazar
sus traiciones. *Marc.* Si apurar
quereis mi paciencia, quando
me estais matando de zelos,
contadme de aquese ingrato,
que os entregó ese retrato,
como á vos os dixo. *Leon.* Cielos, *ap.*
salgame esta industria bien.
Marc. Qué se llamaba? (qué ira!)
Leon. Don Alonso de Altamira.
Marc. Pues mintió.
Leon. Es traidor. *Marc.* Que á quien
le di esa venera yo,
por favor, con mi retrato,
aunque me mintió su trato,
su nombre no me mintió.
Leon. De qué lo inferís? *Marc.* De que
le conozco bien; y asi,
no pudo engañarme á mi:
ó decidme, quando fue
quando ese retrato os dió?
Leon. Ayer. *Marc.* Pues como, si está
fuera de Madrid? *Leon.* Quizá
de donde estaba volvió
á verme á mi de secreto.
Bien deste aprieto salí, *ap.*
y ya sé que no está aqui.
Marc. El os engaña, en efecto.
Leon. Quizá sois vos la engañada:
quien os dixo á vos que era?
Marc. Hasta cobrar la venera,
no tengo de hablar en nada.
Leon. Qué es cobrarla? *Marc.* Pues habia
de haber yo llegado á vella
en vuestra mano, y sin ella
quedar? desayre seria
notable; y no solo ya
el retrato, cosa es clara,
me habeis de dar; mas la cara
os he de ver. *Leon.* No será
facil vuestra pretension;
y reportaos, porque
á sola una voz que dé,
vendrá quien por un balcon
os eche, que soy quien soy,
y en efecto, tengo de irme
con él, y sin descubrirme:
temblando de miedo estoy. *ap.*
Marc. Veis todo eso? pues en vano
el miedo es, que me habeis puesto,
y he de ver. *Leon.* Mirad.

Quiere descubrirla, y estan las dos asidas, y sale Don Diego.

Dieg. Qué es esto?
Mar. Señor D. Diego? *Leo.* Mi hermano.
Dieg. Con la licencia, señora,
que me disteis, he venido
á veros, porque sin ella
no fuera tan atrevido.
Marc. Pesame, señor Don Diego,
que haya á tan mal tiempo sido,
que un enojo no me dé
licencia de recibiros
con el agrado que debo.
Dieg. Tambien es fuerza sentirlo
yo, no tanto por la falta
de esa merced á que aspiro,
quanto porque vos esteis
disgustada: pues qué ha sido?
Leon. Cielos, doleos de mi,
que en tanto empeño me miro.
Marc. Esta señora tapada
á mi casa se ha venido
á decirme mil pesares,
trayendo un retrato mio
para blason de sus zelos;
no me embarazo en decirlo,
porque no os debo hasta ahora
nin-

ningun respeto; hela dicho,
que me dexe mi retrato;
á que ella me ha respondido,
que llamará á quien me eche
por un balcon. *Dieg.* Aunque ha sido
culpado siempre en un hombre
el meterse inadvertido
en disgustos de mugeres,
no quando con este estilo
habla, fiada quizá
en alguien que trae consigo
á reñirla sus pendencias;
y asi, puesto que he venido
á tan mal tiempo, partamos
en los dos el desafio;
averiguad vos con ella
vuestras cosas, que advertido
yo callaré, hasta que haya
con quien pueda hablar, pues se hizo
para damas el respeto,
y para hombres el castigo.

Marc. Pues perdonadme, si os pongo
en empeño tan preciso,
que no lo puedo escusar.

Leon. Quien en tal riesgo se ha visto!

Marc. Señora, la del balcon,
ó al instante descubrios,
porque he de saber quien sois,
ó aquese retrato mio
me habeis de dar. *Leon.* Como, cielos,
saldré de tanto peligro?
daréla el retrato? como,
si no tengo otro testigo
de abono? pues qué he de hacer?
que tambien, si lo resisto,
mi hermano ha de conocerme:
en qué confusion me miro!

Marc. Qué discurrís? qué pensais?
ó el retrato, ó descubriros.

Dieg. Yo no os digo que le deis,
ni que os descubrais os digo;
mas que si habeis de llamar
esa gente, que habeis dicho,
sea presto. *Marc* Qué esperais?

Leon. Aqui hay solos dos caminos,
ó decir quien soy, ó dar
el retrato, esto es preciso;
pues pierdase por ahora,
lo que ya se está perdido,
no lo que por perder resta.

Los dos. Qué elegis, pues? *Leo.* Este elijo.
Dale el retrato á Marcela, y vase.

Dieg. Extraña muger! *Marc.* No puedo
encarecer quanto estimo
aquesta merced. *Dieg.* Ni yo
el desengaño que he visto,
que ha sido ventura hallarle,
y hallarle tan al principio;
yo me huelgo haber llegado
en ocasion, que serviros
pude, y aunque fue mi intento
algun cuidado deciros,
que ya me debeis, habré
de callarle, quando os miro
tan empeñada en cobrar
un retrato que ha tenido,
segun se dexa ver, dueño,
mas venturoso, que fino:
quedad con Dios, y mirad
si es que en otra cosa os sirvo.

Marc. Esperad. *Dieg.* Perdonad, que es
el estado en que me miro,
presto para pedir zelos,
y tarde para sentirlos. *Vase.*

Marc. A quien en el mundo, cielos,
esto hubiera sucedido?
Dentro Don Juan, y Barzoque.

Juan. No me detengas, Barzoque.

Barz. El seguirle es desatino.

Juan. Vive el cielo, que te mate.

Barz. Ya es tarde. *Marc.* Ines, qué ruido
es ese? *Ines.* Al tiempo, señora,
que Don Diego se iba, vino
Don Juan. *Marc.* Qué Don Juan?
Salen Don Juan, y Barzoque.

Juan. Yo soy,
que sabré mejor decirlo;
pues somos tantos Don Juanes,
que dudas qual haya sido.

Marc. Si él viene pidiendo zelos, *ap.*
á muy buen tiempo ha venido.

Juan. Yo, pues, que llegando ahora
á Madrid, sin haber visto
mi casa, vine á la tuya:
ó mal haya amor tan fino,
y tan mal pagado amor;
quando salir della miro
un caballero, no pude
verle el rostro, ni él el mio,
porque le cogí de espaldas;

seguirle, pues, determino,
para saber á qué fin
entra aqui, quando conmigo
este borracho se abraza,
y no me dexa seguirlo;
volvió la calle, de suerte,
que ya de vista perdido,
lo que no pude con él,
he de averiguar contigo.
Marc. Esto es bueno, para estar *ap.*
yo como estoy. *Barz.* Esto mismo
hacen las mozas gallegas,
entrar riñendo al principio,
porque no las riñan. *Juan.* Quien,
en ausencia mia, ha tenido
licencia de visitarte?
Marc. Mucho he de hacer, si resisto
la colera; pero importa: *ap.*
ese hombre no ha salido,
Don Juan, de mi quarto; y bien
pudieras con otro estilo
desengañarte primero,
que entrar tan inadvertido
baraxando el alborozo
de verte. *Juan.* Quando han tenido
los zelos paciencia? *Marc.* Quando
son á tàn poca luz vistos.
Juan. Siempre el que ama teme; dame
los brazos, que aunque haya sido
la satisfaccion tan tibia,
en fin, es tuya, y la estimo:
ahora te retiras? *Marc.* Sí,
porque echo menos. *Juan.* Qué? dilo.
Marc. En tu pecho la venera,
que con un retrato mio
te dí; qué es della, Don Juan?
Juan. Yo te diré que se hizo,
que si no fuera por ella,
no volviera á Madrid vivo.
Marc. Como? *Barz.* Va de enredo.
Juan. Estando
en la colina, hácia el sitio
que ocupabamos, salió
de emboscada el enemigo:
abanzamonos á él,
y en el encuentro, preciso
fue el quedar yo prisionero,
que es lo mismo que cautivo.
Al Principe de Condé
me llevaron, y él previnó,
que pues era caballero,
tratase el rescate mio,
haciendo trueque con otro
caballero muy su amigo,
que habia prendido un navarro.
Marc. Algo de eso acá se dixo.
Juan. Ahí verás tu que no miento;
dixele, que los partidos
se tratarian mejor,
volviendo á hacerlos yo mismo,
que me diese, pues, licencia,
habiendo antes recibido
homenage de volver
á la prision, y él lo hizo,
como en prendas le dexase
banda y venera, testigos
de mi nobleza, y de que
le cumpliria lo dicho.
Hubesela de dexar,
vine al tiempo que se hizo
la rota, con que no fue
posible entonces cumplirlo:
de suerte, que tu retrato
le tiene en rescate mio
el Principe de Condé.
Marc. Yo pensára que habia sido
la Princesa, segun fue
la soberbia con que vino
á traermele: es aqueste
señor Don Juan? *Barz.* Jesuchristo!
Juan. Qué es esto, Barzoque? *Barz.* Es
el demonio que anda listo.
Marc. Veis que sois un embustero?
y que encubierto y fingido,
disimulando quien sois,
habeis á Madrid venido
á ver una dama antes
de ahora? *Barz.* El diabio se lo dixo.
Marc. A esto no hay satisfaccion;
y asi, de mi casa idos,
que en mi vida no he de veros.
Jua. Oye, escucha. *Marc.* No he de oiros,
hasta vengarme, Don Juan,
de vos, por los propios filos. *Vase.*
Barz. Todo se sabe, señor.
Juan. Quien puede haberselo dicho?
Barz. Tu demonio, que es, sin duda,
chismoso, sobre lascivo.
Juan. Quien será aquella muger
que contó que yo habia sido

el

el que habia vuelto encubierto,
y á Marcela se lo dixo,
callandoselo á mi padre?
Barz. Yo bien sé quien será. *Juan.* Dilo.
Barz. Es el diablo. *Juan.* Que te lleve,
por tan grandes desatinos.

JORNADA TERCERA.

Salen Leonor con manto, y Juana sin él.

Leon. Juana, quitame este manto,
quitame aqueste vestido
presto. *Juana.* Qué te ha sucedido,
que á casa con temor tanto
vuelves, y aun con mayor llanto
que saliste? *Leon.* No lo sé,
solo te prevengo, que
no digas, Juana (ay de mi!)
que hoy disfrazada salí,
ni un punto de aqui falté,
á nadie, y mas á mi hermano,
porque me puede costar
la vida. *Juana.* En quanto á callar,
ya sabes tu que es en vano
prevenirme, pues es llano,
que soy la primer criada
pitagorica, enseñada
solo á callar; mas de modo,
que nada en callarlo todo
hago, porque no sé nada:
y asi, si quieres saber
quanto secreto hay en mi,
dame que callar, y di,
qué es lo que ha querido ser
disfrazada una muger
como tu, haber salido,
con tan humilde vestido,
en una silla alquilada,
sin criado, ni criada?
á donde, señora, has ido
desta suerte? *Leon.* Ay, Juana mia!
tanto mi mal se acrisola,
que he ido á perder una sola
esperanza, que tenia
mi grave melancolia
para poderse aliviar.
Juana. Bien me la puedes fiar.
Leon. No puedo. *Juana.* Extraño rigor
el tuyo es. *Leon.* Ya, en fin, honor, *ap.*
no tenemos que esperar
remedio en nuestro cuidado;
pues no solo hemos perdido
la ocasion, que habia ofrecido
quizá por descuido el hado,
para habernos informado
de un traidor; mas (qué rigor!)
perdido hemos (qué dolor!)
de una vez (qué tirania!)
solo un testigo que habia
de hablar en nuestro favor.
Y pues que ya la desdicha
tan deshecha sucedió,
callemos, honor, tu y yo,
que no ser de nadie dicha
una dicha, ya es desdicha:
y para obligarte á dar
el sepulcro singular
de mi pecho, á mi dolor,
honor, en trances de honor,
no hay cosa como callar.
Calle yo, y calle mi pena,
pues ignorada. *Juana.* Aunque ahora
te enojes, tengo, señora,
de darte una norabuena.
Leon. Norabuena á mi? qué agena
della, Juana, vivo yo!
Juana. D. Luis. *Leon.* Calla, y si pensó
tu voz con eso alegrarme,
el pesame puedes darme,
que la norabuena no;
que es otro acreedor á quien
mi llanto ha de graduar.
Sale D. Luis. Si el mayor gusto es llegar
uno donde quiere bien,
el mayor pesar tambien,
aunque el llegar haya sido
donde bien haya querido,
si mal alli le han tratado;
que ninguno es bien llegado
donde no es bien recibido:
qué es esto, Leonor? qué enojos
te da mi nombre al oirle,
que salen á recibirle
las lagrimas de tus ojos?
otros fueron los despojos
que mi amor imaginó
de albricias; pues siempre vió,
amor ser deuda debida
el llanto de una partida,
pero de una vuelta no.
Desde el punto que llegué,

á verte á otra casa fuí;
y el breve tiempo (ay de mi!)
que en hallar esta gasté,
el mayor termino fue
de mi ausencia; ya estimára
no haberla hallado, durára
toda mi vida mi ausencia,
pues me mata hoy tu presencia,
y ella nunca me matára.
Que si llanto y brazos vi,
quando de ti me ausenté,
y sin los brazos hallé
el llanto quando volví,
mejor la ausencia es: y asi,
ó iguala en tan breves plazos,
Leonor, lagrimas y brazos;
ó porque yo vivir pueda,
con las lagrimas te queda,
pues te quedas con los brazos.
Leon. Señor Don Luis, mis sentidos,
si tienen hoy admirados,
los brazos tan recatados,
los ojos tan atrevidos,
de efectos tan confundidos
no tengo la culpa yo,
que si el llanto se ofreció,
y con los brazos me quedo,
es, que á ellos mandarlos puedo,
pero á las lagrimas no.
Que si en pena, en dolor tanto,
dominio en el llanto hubiera,
lo mismo, Don Luis, hiciera,
que de los brazos, del llanto:
por declarar mejor quanto
oiros he sentido, y veros,
no porque en males tan fieros
yo de quereros dexé,
que quizá es esto, porque
nunca dexé de quereros.
Enigma parecerá
confesar que os quiero, y ver
que el veros siento, esto es ser
confusion mi pecho ya;
y puesto que no se da
á entender, solo quisiera
que una fineza os debiera,
y es á creer obligaros,
que hago por vos en no amaros
mas, que en amaros hiciera.
Y asi, os suplico, me hagais
merced de que me olvideis,
que en vuestra vida me hableis,
que jamas no me veais:
y porque no presumais
que es mudanza, sabe Dios,
que este apartarnos los dos
es constancia, y es firmeza,
y es. *Luis.* Qué? *Leon.* La mayor fineza
que yo puedo hacer por vos. *Vase.*
Luis. Si tu, divina Leonor,
enigma á tu pecho llamas,
siendo tu quien de tu pecho
hoy los secretos alcanza;
qué haré yo que los ignoro,
viendo acciones tan contrarias,
como hacer favor la pena,
y fineza la mudanza?
Juana, qué es esto? *Juana.* Qué diera
por respondertelo, Juana?
pues lo supiera. *Luis.* Tu voz
aun mas, que la suya, engaña.
Juana. Engañada me vea yo,
si tal engaño. *Luis.* Ay tirana,
no has de poder persuadirme
que otro amor desto no es causa.
Juana. Mi señor. *Luis.* Pues disimula.
Juana. Ya digo que no está en casa.
Sale Don Diego. Luis?
Luis. O amigo! *Dieg.* Los brazos
me dad. *Luis.* Y en ellos el alma,
que hasta veros, no creía
que en Madrid, D. Diego, estaba:
y asi, por cumplir mejor
con la ley de amistad tanta,
vine al instante á buscaros,
informado en la otra casa
de donde os habiais mudado:
y preguntandolo á Juana
por vos estaba. *Dieg.* Los cielos
os guarden, que aunque me pagan
esas finezas las que
debeis á amistad tan rara,
quedo obligado de nuevo.
Juana. Voy á decir á mi ama
como le halló aqui su hermano,
para que ella esté avisada
de decir que no le ha visto. *Vase.*
Luis. Como os dexé en la desgracia,
porque estabais retraido,
quando yo me ausenté, el ansia
de

de saber el fin me traxo
tan puntual. *Dieg.* Ya, á Dios gracias,
se acabó todo, porque
sana la herida, y firmadas
las paces, libre salí,
solo lo que al lance falta,
para que esté cabal, es
conocer á quien con tanta
nobleza me socorrió,
que aunque diligencias varias
hice, nunca quien fue supe.
Vos como de la jornada
venís? *Luis.* Como quien se ha hallado
en la mejor, la mas alta,
mas heroyca, y mas lucida
faccion que ha tenido España.
Decid vos, qué hay en Madrid
de nuevo? *Dieg.* Bien poco, ó nada.
Al paño Leo. Temerosa que mi hermano
á Don Luis en esta sala
hallase, por si algo oyó,
vengo á escuchar lo que hablan.
Dieg. Todo como lo dexasteis,
lo hallaréis. *Luis.* Propuesta es falsa,
porque nadie que se ausenta,
las cosas que dexa, halla
como las dexa. *Dieg.* Por eso
lo digo, que es cosa clara,
que hallar mudanza un ausente,
ha sido no hallar mudanza;
porque no hay cosa mas firme
en Madrid.
Sale Juana. Una tapada
por ti pregunta, señor.
Luis. No quiero estorbaros nada:
dadme licencia, Don Diego,
y á Dios os quedad. *Dieg.* Mañana
yo os buscaré, y hablaremos
despacio. *Luis.* Ay Leonor tirana,
qué mudanza ha sido esta?
mas qué me admira, ni espanta,
si quien va á decir muger,
ya empieza á decir mudanza? *Vase.*
Dieg. A donde mi hermana está?
Juana. En su quarto retirada.
Dieg. Pues di á esa dama que entre.
Leon. Ver tengo quien es, que el alma
rezela, no sea resulta
de aquella historia pasada
del retrato. *Dieg.* Quien será
quien me busca. *Sal. Mar.* Una criada
vuestra. *Dieg.* Señora Marcela,
tanto favor? merced tanta?
vos en mi casa? *Marc.* A ella vengo
á hablaros una palabra
que os importa. *Leon.* Quiera el cielo
no sea de mi (estoy turbada!)
si acaso me siguió, y supo
quien era? *Marc.* Porque obligada
de vos tantas veces, no
quiero parecer ingrata:
no es, sino porque asi espero *ap.*
tomar de Don Juan venganza.
Dieg. Pues qué mandais? *Leo.* Ella viene
de todo (ay de mi!) informada.
Marc. Yo, señor Don Diego, os debo
la vida en una desgracia,
y la libertad en otra,
deudas bien precisas ambas,
para que al precio de alguna
fineza intente pagarlas:
la vida, quando del coche
me entrasteis en vuestra casa;
la libertad, quando. *Leon.* Ay cielos!
Marc. De vos en la mia amparada,
cobré aquel retrato mio
de aquella encubierta dama,
que ha sido carta de ahorro
de una voluntad esclava.
Habiendo, pues, advertido
en el retrato la causa
que para no visitarme
teneis; y habiendo en el alma
sentido que la tengais,
he intentado remediarla,
con pediros por merced,
me veais en ella á quantas
horas del dia quisiereis;
y porque disculpa no haya
en el dueño del retrato,
para no hacerlo, esta banda
pendiente le trae, porque
él mejor os satisfaga
de que no tiene mas dueño:
cuerdo sois, cosas pasadas,
aunque disgustan, no ofenden;
quedad con Dios, que esto basta.
Dieg. Espera, hermosa Marcela,
no satisfecha te vayas,
persuadida á que me obligas

con

con lo mismo que me agravias.
Yo confieso que agradezco
la accion en quanto á que traigas
el retrato, por testigo
que para otro no le guardas:
pero confieso tambien,
que darle en tan rica banda,
es dadiva, y no favor;
dando á entender, que me pagas
el jornal de mis servicios,
accion en un noble baxa.
Las prendas de estimacion
no han de venir engastadas,
y quien ha de pedir zelos,
no ha de recibir alhajas.
Y asi, la banda, señora,
vuelve, porque á mi me basta
el retrato sin el oro.
Marc. Yo no tengo de llevarla.
Dieg. Yo no he de quedar con ella.
Marc. Obligaréisme á dexarla
sobre esa silla. ***Dexala, y vase.***
Dieg. Detente,
espera, Marcela, aguarda.
Vase tras ella, queda la banda sobre una silla, sale Leonor, y tomala.
Leon. Cielos, la venera es esta,
testigo de mi desgracia;
vuelva á mi poder, pues no
hago delito en tomarla;
que su hacienda cada uno,
donde quiera que la halla,
la puede quitar.
Tomala, y vase, y sale Don Diego.
Dieg. No quiso
aguardar que la baxára;
llevarésela esta noche:
pero como de aqui falta?
quien la quitó desta silla?
ola?
Sale Juana. Señor? ***Dieg.*** Fuiste, Juana,
quien una banda de aqui
quitó? ***Juana.*** No, ni en esta sala
entré. ***Dieg.*** Pues falta de aqui.
Juana. Aquella tapada Infanta
se la llevaría, que á eso
solo vienen las tapadas
en cas de los hombres mozos.
Dieg. Esa es disculpa extremada,
si ella á darla vino. ***Juana.*** Pues
arrepentida de darla,
la quitaria ella misma,
que no se da mas distancia
entre el dar, y arrepentirse
de lo que da qualquier dama.
Dieg. Vive Dios, que la has tomado.
Juana. Yo soy muger muy honrada,
con un primo familiar,
y en tres años que aqui en casa
estoy, no se ha echado menos
un alfiler, ni una paja;
mirenme toda, señores.
Dieg. Tantos extremos no hagas,
que todos son contra ti,
y vive Dios. ***Saca la daga.***
Sale Leon. Tu la daga
para una criada? ***Dieg.*** Sí,
si es ladrona una criada.
Juana. Justicia del cielo; yo
ladrona? ***Leon.*** Pues qué te falta?
Dieg. Una banda de oro, y una
venera, que ahora estaba
sobre esta silla. ***Leon.*** No creas
que la haya tomado Juana.
Dieg. Pues quien pudo ser, si ella
sola entró aqui? ***Leon.*** Antes pensára
que yo la pude tomar,
que ella. ***Jua.*** El diablo lleve mi alma,
si yo la he visto, señora.
Leon. No llores por eso, calla,
y entrate allá dentro. ***Juana.*** Yo
ladrona? ***Die.*** Con esas alas, ***Vas. Jua.***
tus criadas son señoras:
si no entró persona en casa,
que estaba á la puerta yo,
quien de aqui pudo quitarla
del brazo de aquesta silla? ***Vuelve.***
Juana Maldita y excomulgada
yo muera. ***Leon.*** Calla, te digo,
y entrate allá dentro, Juana.
Una destas mugercillas ***Vas. Juana.***
que á verte vienen. ***Dieg.*** Repara,
ya que lo has sabido, en que
antes la muger tapada
que aqui estuvo, me la dió,
y no queriendo tomarla,
la dexó sobre esta silla,
fuí tras ella, y mientras falta. ***Vuelve.***
Juana. Pues con un sapo en la boca,
y un canto á los pechos vaya.

Leon.

Leon. Ya te digo, que te estés *Vas.*
allá dentro. *Dieg.* Y no, hermana,
siento la banda perdida,
sino un retrato que estaba
en la venera. *Leon.* Pues como
á ti en venera te daban
retrato? nunca él se hizo
para ti *Dieg.* Es historia larga,
porque yendo á visitar
á aquella que desmayada
yo saqué del coche. *Leon.* Bien
me acuerdo. *Dieg.* La hallé empeñada
en cobrar cierto retrato
suyo de una oculta dama,
que habia ido á darle zelos.
Leon. Qué hay mugeres en quien pasan
esas cosas? *Dieg.* Viendo, pues,
que la habia hecho amenaza
de que gente llamaria,
yo me dispuse á ampararla,
por no ser partido; en fin,
dió el retrato la tapada,
y yo viendo en los principios
de mi amor y mi esperanza,
el desengaño, me vine,
si verdad te digo, hermana,
despedido de servirla,
no puedo decir de amarla.
Ella obligada á mi trato,
ó á mi termino inclinada,
que si inclinaciones fueran
meritos, no lo contára;
me buscó, y satisfaciendo
la queja, en una extremada
bandilla de oro el retrato
me traxo. *Leon.* No ha sido tanta
la pérdida, que te obligue
á los extremos, que dama
que ayer á uno se le dió,
y hoy te le dió á ti, mañana
para otro te le pidiera:
y asi, que hurtado le hayan,
quizá es conveniencia tuya.
Dieg. Qué buenos consuelos halla
mi pena, quando por él
diera la vida, y el alma!
Leon. No fuera la vez primera *ap.*
que tanto precio costára,
pues yo las perdí por él,
y por él pienso cobrarlas. *Vanse.*

Salen Don Juan, y Barzoque.

Barz. Toda la Corte está llena
de que eres muy entendido,
y yo en mi vida te he oido
decir una cosa buena.
Juan. Por qué lo dices ahora?
Barz. Porque acabas de decir,
que á ver á Marcela has de ir.
Ju. Y eso es malo? *Bar.* Quien lo ignora?
porque hay mayor necedad,
ni es posible, que ir á ver
enojada una muger?
Juan. No hay ley en la voluntad:
qué bien el Fenix de España
dixo! en mi pena se infiere,
que el que piensa que no quiere,
el ser querido le engaña.
Todo el tiempo que viví,
Barzoque, correspondido
de Marcela, el ser querido
me engañó; nunca creí,
que la amaba enamorado,
hasta que probé su olvido.
Barz. Nunca ama un favorecido
tanto, como un despreciado.
Juan. No es eso, sino que quien
seguro el favor alcanza,
creyendo á su confianza,
no sabe que quiere bien,
hasta que viene á faltar;
é introducido el temor
una vez, se ve el amor:
y quien me ha metido en dar
sofisticas agudezas?
yo pensé que no queria
á Marcela, quando via
en ella tantas finezas;
y hoy, que su retiro veo,
la quiero, y basta querella,
sin que ande á caza por ella
de razones mi deseo.
Barz. Y esa es la mayor, si infiero
que otra el amor ha tenido,
que yo olvido, porque olvido,
y yo quiero, porque quiero;
y asi, dexada por llana,
pues querer pudiste ayer,
y olvidar hoy, y querer
hoy, para olvidar mañana:
vamos á como hablarás

á muger que te cogió
en tal mentira. *Juan.* Eso no
es lo que yo siento mas;
sino pensar, que muger
que su retrato la ha dado,
Barzoque, y que la ha contado
el que yo la volví á ver,
ya me tiene conocido.
Barz. Eso dudas? bueno fuera
que el diablo no conociera
á quien tanto le ha servido.
Juan. Hasta quando aquesa vana
necedad has de creer?
Barz. Hasta que la vuelva á ver
en tratable carne humana.
Juan. Qué intento seria, en efecto,
dime, el de aquella muger,
que á Marcela hizo saber
de mi venida el efecto,
y su retrato la dió?
sin que á mi padre dixera
nada, ni á mi verme quiera,
puesto que me conoció.
Barz. Quieres pagarme, señor,
todo quanto te he servido
mal ó bien? pues solo pido,
que no hables mas deste amor.
Vamos á ver á Marcela,
aunque ella enojada esté,
y aunque á uno y otro nos dé
qualquiera alhaja que duela.
Y no hablemos mas en esto,
que tiemblo de discurrir
en ello. *Juan.* En fin, á morir
estoy, Barzoque, dispuesto,
antes que consienta que
Marcela, aunque la ofendí,
para vengarse de mi,
zelos con otro me dé.
Y aquel hombre que salia,
quando á su casa llegué,
me da pesar, no apuré
el lance; porque creía
la verdad de la disculpa:
pero habiendo visto ya
que ella tan resuelta está
á no hablarme, de su culpa
me persuado; y asi, juez
he de ser de su cuidado.
Barz. Di que estás enamorado,
y acabemos de una vez.
Juan. Ya lo he dicho. *Barz.* Ella, é Ines;
no son aquellas dos? *Juan.* Sí.
Barz. A su casa por aqui
vendrán.

Salen Marcela, é Ines con mantos.

Mar. No es D. Juan? *Ines.* Sí. *Juan.* Pues
señora Marcela? *Marc.* Vamos,
Ines. *Juan.* Vos fuera á estas horas?
Marc. Sí, que las grandes señoras
de noche nos visitamos.
Juan. De donde venís? *Marc.* No sé.
Juan. Pues yo saberlo he querido.
Marc. Una visita á hacer he ido
al Principe de Condé;
y pedirle aquel retrato
que vos le dexasteis. *Juan.* Bien
se venga vuestro desden.
Marc. Mas merece vuestro trato.
Juan. No es tan malo, como vos
quereis que el amor le crea.
Marc. Que lo sea, ó no lo sea,
importa poco á los dos;
á vos, porque una tapada,
que fue quien me le dió aqui,
os quiere mucho; y á mi,
porque no se me da nada.
Vén, Ines. *Juan.* Barzoque, vén.
Mar. Donde vais? *Barz.* Ved lo que pasa.
Juan. Y donde vos? *Marc.* Yo á mi casa.
Juan. Pues yo voy allá tambien.
Marc. A qué?
Juan. A que gran groseria
fuera el dexaros. *Marc.* Mirad,
que uncion de la voluntad
llaman á la cortesia
en sus ultimos alientos.
Juan. Por eso es justo que quiera,
que ya que se muere, muera
con todos sus Sacramentos.
Marc. No habeis de pasar de aqui.
Juan. Tengo de hablaros, que espero
desenojaros. *Marc.* No quiero
desenojarme. *Juan.* Yo sí,
que hecho un yerro, disculpalle
es justicia, y es razon;
oid mi satisfaccion.
Marc. Mirad que estais en la calle,
señor Don Juan. *Juan.* Algun dia
os dixe yo aqueso á vos.

Marc.

Marc. Baraxóse entre los dos
la suerte, y llegó la mia.
Barz. Desierta la boca, y tuerta
tenia un rico mercader,
y un sastre acertó á tener
tuerta la boca, y desierta.
Buscando iba bocaci
el sastre, y quando llegó
al mercader, preguntó:
tiene usarced bocasi?
El, presumiendo que aquello
burla era; con gran rigor
dixo: boca-asi, señor,
tengo; que quiere para ello?
El sastre muy indignado
creyó que le remedaba,
y en tuertas voces le daba
quejas de su desenfado.
En tuertas voces tambien
el mercader se ofendia,
uno y otro presumia
que el defecto era desden.
Hasta que gente, que alli
á despartirlos llegó,
los dos igualmente vió
que tenian boca-asi.
Si entrambos de una manera
tuerto el corazon teneis,
si un defecto padeceis,
no haya vara, ni tixera,
sino consolaos los dos
uno á otro, haciendo aqui
amistades ante mi,
y entraos en casa con Dios.
Marc. Yo no he de entrar en la mia,
si la calle no dexais.
Juan. Si en eso resuelta estais,
ya se cansó mi porfia;
id con Dios, que no entraré
en ella en toda mi vida.
Marc. Yo voy muy agradecida
á tanto favor. *Ines.* No sé,
para que le dexas ir,
si lo has de sentir despues.
Marc. Aunque su rigor, Ines,
tanto me has visto sentir,
ya cesó el dolor cruel
al punto que él me buscó,
porque á él le buscára yo,
si no me buscára él. *Vanse.*
Juan. Has visto, Barzoque, igual
rigor en tu vida? *Barz.* Si:
en Diocleciano leí
otro, que debió ser tal
como este, quando mató
á un presbitero inocente.
Juan. Qué humor tan impertinente!
quando estoy muriendo yo.
Barz. Ya ella á su casa ha llegado.
Juan. Si el dia, que en sombras va
muriendo, alguna luz da,
dos hombres dentro han entrado.
Bar. De que doy fe. *Jua.* A vistos zelos,
callar, infamia seria.
Barz. Mira que no es cortesia
estorbar. *Juan.* Viven los cielos,
te mate. *Barz.* Mira primero
que son dos. *Juan.* No somos dos
nosotros? *Barz.* No, vive Dios,
que yo soy humano cero.
Juan. Por Dios, que está ya la puerta
cerrada. *Barz.* A creer te resuelve,
que el diablo mismo se vuelve,
si la halla asi. *Da golpes.*
Juan. Pues yo abierta
la veré. *Barz.* Pues has de hacer
tu lo que el diablo no hiciera?
Dent. D. Die. A quien de aquella manera
llama, yo he de responder.
Dent. Marc. Salir no habeis.
Dent. Dieg. Como no?
y mas si llaman asi,
por saber que entré yo aqui:
quien llama á esta puerta?
Salen Don Diego, y Enrique, y Marcela se queda al paño.
Juan. Yo,
que á saber vengo quien es
quien tanta licencia tiene,
que aqui de visita viene.
Marc. Baxa unas luces, Ines.
Dieg. No las baxes, que si ha sido
su intento saber quien soy,
yo asi la respuesta doy.
Juan. Y es lo que yo he pretendido.
Sacan las espadas, y riñen.
Marc. Ay de mi infeliz! *Barz.* Qué diera
yo, porque alguno llegára!
Enr. Muerto soy. *Dieg.* Desdicha rara!
Dent Jus. Llegad todos. *Jua.* Pena fiera!

Salen Alguaciles.
Alg. 2. La justicia. *Barz.* Huye, señor.
Juan. Fuerza es, habiendo uno herido,
y la justicia venido.
Barz. A ver qual corre mejor.
Escr. Seguid aquel, que aquel fue,
pues que corre, el delinquente.
Vanse los dos, y siguelos la Justicia.
Dieg. Yo he de alcanzarle. *Mar.* Detente,
Don Diego. *Die.* Suelta. *Mar.* Porque,
habiendo un muerto ó herido
á estos umbrales, dexar
á una muger, es faltar
á quien eres. *Dieg.* Atrevido
te pondré en salvo, despues
que haya, Marcela, vengado
la muerte de ese criado.
Marc. Contigo he de ir, que no es
justo que yo quede aqui
á una violencia dispuesta;
ay Don Juan, lo que me cuesta *ap.*
querer vengarme de ti.
Vanse, y salen Don Luis, y Juana.
Luis. Juana, esto has de hacer por mi.
Juana. Sí hiciera, mas no me atrevo,
que es cruel su condicion.
Luis. Solamente hablarla intento,
por apurar de una vez
de aquel enigma el secreto:
Vé presto, avisala, Juana.
Juana. No es posible que yo á eso
me atreva sin una industria.
Luis. Qual ha de ser? *Jua.* Ya la pienso:
vé á dar por ahí una vuelta,
que estarte en la calle quedo,
podrá ser que se repare.
Yo me dexaré ahora abierto
este quarto, y me estaré
con ella en el suyo, haciendo
la deshecha; tu podrás
entrarte entonces resuelto
á hablarla, y yo disculparme
con que no sé nada, siendo
un descuido el que me riña,
y no una traicion. *Luis.* Tu ingenio
lo ha trazado bien; yo voy.
Juana. Y yo lo tendré dispuesto.
Luis. Saber tengo como vienen
juntos favor y desprecio. *Vase.*
Juana. Ve aqui por lo que no puede
hacer una en este tiempo
una obra buena: no habia
siquiera un diamante viejo,
con que decir: toma, Juana,
mas ya el dante no hace versos.
Sale Leon. Con quien hablabas?
Juana. Conmigo,
señora, que tambien tengo
yo mi dón de soliloquios.
Leon. Trae luces. *Juana.* Alli las dexo,
y ya están aqui. *Leon.* Qué hablabas?
Juana. Estaba un discurso haciendo
sobre quien seria el ladron
de aquella banda, en mal fuego
de San Anton vea la mano
abrasada. *Leon.* Quedo, quedo,
Juana, que las maldiciones
para nada son remedio.
Dent. Alg. Por aqui fue.
Uno dent. En esta vuelta
se perdió. *Leon.* Qué será aquello?
Juana. Ruido en la calle, señora.
Leon. Abiertas las puertas veo;
qué es esto, Juana? *Jua.* Un descuido.
Salen Don Juan, y Barzoque.
Juan. Pues correr mas no podemos,
ni resistirnos de tantos,
como nos siguen, y abierto
está aqui, Barzoque, aqui
nos entremos. *Leon.* Qué es aquesto?
Juana. Un desdichado es, señora.
Barz. No son, sino dos. *Juan.* Qué veo!
Barz. Jesuchristo! *Leon.* Proseguid.
Juan. No podré, porque estoy muerto.
Juana. Si ahora se entra Don Luis,
buena hacienda habemos hecho.
Leon. Qué ha sido? *Juan.* No tengo vida.
Leon. Hablad. *Juan.* Faltame el aliento.
Barz. Disimula tu, pues ella
disimula. *Juan.* Ya lo intento:
un gran disgusto dos calles
de aqui he tenido, sospecho
que queda un hombre (no sé
lo que digo!) herido ó muerto,
de la Justicia seguido
(mortal estoy!) venia huyendo,
quando, al volver desta calle,
ví luz, y.
Dent. D. Dieg. Entrad aqui dentro,
que en quedendo vos en salvo,

le buscaré. *Marc.dent.* Muerta vengo!
Juan. Estos son los que me siguen.
Leon. Retiraos á ese aposento,
que yo les diré que aqui
no entrasteis, que daros debo
favor, ya que por sagrado
mi casa tomasteis. *Juan.* Cielos,
de un peligro he dado en otro.
Barz. Yo, y todo. *Escondense los dos.*
Salen Don Diego, y Marcela.
Dieg. Hermana? *Leon.* Qué es esto?
Dieg. Desdichas mias, que apenas
hoy libre de una me veo,
quando he tropezado en otra;
mal herido á Enrique dexo,
sin haber podido dar
muerte al agresor, que huyendo
se escapó por esta misma
calle. *Juana.* Si es el que tenemos?
Leon. Calla, Juana, que no es bien
añadir empeño á empeño.
Barz. Hermano dixo. *Juan.* Sin duda
nos descubre. *Dieg.* Y en efecto,
como es siempre obligacion
de un noble en qualquier empeño
la dama, aqui la he traido,
tenla aqui, mientras yo vuelvo,
asi por cuidar de Enrique,
como por mirar si puedo
vengarle: Marcela, ya
en salvo estás. *Marc.* Deteneos.
Leon. No salgas, señor. *Dieg.* Dexadme.
Sale D. Luis. Déme amor atrevimiento
para llegar: mas qué miro!
Dieg. Quien va? quien es?
Luis. Yo, Don Diego.
Dieg. Don Luis? *Luis.* Sí.
Dieg. Pues á estas horas
aqui? *Luis.* Dadme industria, cielo,
que me disculpe. *Juan.* Don Luis
aquel es. *Luis.* Buscandoos vengo,
porque en la conversacion
se dixo ahora del juego,
que habiais tenido un disgusto:
decir que allá lo dixeron *ap.*
es disculpa sin peligro.
Dieg. Ya se supo allá tan presto?
Luis. Sí; qué ha sido? *Dieg.* Pues habeis
venido aqui á tan buen tiempo,
venid conmigo, que allá
lo sabreis. *Vase.*
Luis. Siempre fui vuestro. *Vase.*
Juan. Hasta las mentiras tienen
buena ó mala estrella. *Leon.* Cielos,
qué es lo que pasa por mi!
escondido un hombre tengo,
en quien concurren las señas
del habito de su pecho,
y el ser de Marcela amante,
pues por ella ha sido el riesgo:
apuremos de una vez
al vaso todo el veneno.
Juan. Has visto, Barzoque, igual
lance en tu vida? *Barz.* No cierto.
Juan. En casa estoy de una dama,
á quien ofendida tengo,
enemigo de su hermano,
y la causa de todo esto,
que es Marcela, por testigo.
Leon. Decidme vos, qué suceso
ha sido este? *Marc.* De turbada,
no os he hablado en tanto tiempo:
estando ahora en mi casa
vuestro hermano, un caballero,
á quien ha dias que dí
la libertad de mi pecho,
llamó con zelosos golpes,
que no saben llamar quedo;
salió Don Diego á la calle,
y sucedió todo esto
que él ha contado: la causa
de tan infeliz suceso,
aunque he sido yo, no he sido
yo sola. *Leon.* Pues quien en ello
tuvo mas parte? *Marc.* Una dama,
que abrase un rayo del cielo.
Leon. Buena ando yo en maldiciones.
Marc. Que á mi casa á pedir zelos
con un retrato, que yo
le dí á aquel ingrato mesmo,
fue, yo ofendida intenté
vengarme de su desprecio.
Leon. Y él quien es? *Marc.* El es D. Juan
de Mendoza, de Don Pedro
de Mendoza hijo; asi fuera
leal, como es caballero,
constante, como es ilustre.
Barz. Ya me holgára, segun pienso,
que fuera diablo, y no dama.
Leon. Ya, honor, todo lo sabemos, *ap.*

pues solo quien hijo fuera
de Don Pedro, entrára dentro
de aquel quarto aquella noche;
qué he de hacer? si aqui le tengo,
podrá mi hermano venir,
y no es remediar el riesgo;
si le dexo ir, no tendré
ocasion, como ahora tengo,
para vengarme despues:
mas qué es vengarme? que en esto
mi honor no pide venganza;
en esto, al fin me resuelvo:
Marcela, aqui no estais bien,
retiraos allá dentro,
que si alguien viene, mejor
es que yo esté sola. *Marc.* Eso
quise suplicaros. *Leon.* Juana,
vé con ella, y ni un momento
te apartes della. *Juan.* No haré.
Marc. Fortuna, qué ha de ser esto! *Vas.*
Leon. Llevemos por bien el daño
en los principios, y luego,
si no basta, honor, muramos.
Juan. En gran peligro estoy puesto.
Barz. Pues que sola ella ha quedado,
sal ahora. *Juan.* Eso resuelvo:
salgamos de aqui una vez.
Barz. Dices bien. *Salen los dos.*
Juan. Yo os agradezco
la vida, que me habeis dado:
quedad con Dios. *Leon.* Deteneos,
que aunque deseo que os vais,
tambien que no os vais deseo.
Barz. Pues á mi no me detienen,
saldré á la calle, y corriendo
iré á avisar á mi amo
del lance en que á D. Juan dexo. *Vas.*
Juan. Quanto quisiereis decirme
oiré despues, que no es tiempo
ahora. *Leon.* Sí es, por si despues
no hay ocasion. *Juan.* Decid presto.
Leon. Sabeis quien soy? *Jua.* Sé, que sois
una deidad, á quien debo
la vida en esta ocasion.
Leon. Y no me debeis mas que eso?
Juan. No, porque aunque en mi memoria
varios discursos revuelvo,
y algo quiera confesar,
bien á negarlo me atrevo,
pues un testigo, que solo
podeis tener, ya no es vuestro.
Leon. Sí es, Don Juan, que esta venera,
y retrato yo le tengo.
Juan. Donde iré yo, que no halle
aquesta venera, cielos?
Leon. Fuera de que el cielo mismo.
Juan. Quanto á decir vais entiendo.
Leon. Pues señor Don Juan, que os deis
por entendido agradezco,
ahorrandome la verguenza,
para haceros un acuerdo.
La vida vuestra, y mi honor
en dos balanzas á un tiempo
puestas estan; pues yo miro
por vuestra vida en tal riesgo,
mirad por el honor mio,
vos igualmente: advirtiendo,
que soy muger que pudiera
vengarme, y que no me vengo,
porque á escandalo no pase
lo que hasta aqui fue silencio.
Yo no soy muger, que andar
tengo con mi honor en pleyto;
yo no tengo de dar parte
á mi hermano, ni á mis deudos.
Yo soy muger, finalmente,
que moriré de un secreto,
por no vivir de una voz,
que en fin hablar no es remedio;
vida y honor me debeis,
pues dos deudas son, bien puedo
pedir dos satisfacciones;
una solamente quiero,
y es, que si á pagarlo todo
no os disponeis, noble y cuerdo
pagueis la parte en callarlo,
que una clausura, un convento
sabrá sepultarme viva:
quedandome por consuelo
solamente, que cayó
mi desdicha en vuestro pecho.
Con esto, idos, no mi hermano
vuelva, donde solo temo
un lance que á hablar me obligue,
siendo mi honor mi silencio.
Juan. Vuestra cordura, señora,
vuestro gran entendimiento,
el mayor consuelo hallaron
en callar, y yo os lo ofrezco,
porque no puedo ofrecer

mas; que claro es que no tengo
de casarme, porque pude
hallaros en mi aposento
una noche, habiendo sido
quizá causa del suceso,
que á dexar os obligó
vuestra casa. *Leon.* Deteneos,
no digais mas, que en pensarlo
miente vuestro pensamiento:
que el honor que me debeis,
tan terso y claro.

Salen Don Diego, y Don Luis.

Dieg. Qué es esto?
Juan. Ha, quien pudiera encubrirse!
Leon. Otra desdicha? otro aprieto?
Dieg. Hombre embozado en mi casa?
Luis. Hombre con Leonor riñendo?
Dieg. Que aguardo, que no le doy
muerte? *Juan.* No temais, primero
moriré yo, que os ofendan.
Luis. A vuestro lado estoy puesto;
cumpliendo con la de amigo *ap.*
la obligacion de mis zelos.
Juan. Don Luis, mirad que soy yo
con quien reñis; y si vuestro
valor, por venir con él,
os obliga á que á Don Diego,
que á mi me debe la vida,
si de otra ocasion me acuerdo,
valgais, primero acreedor
soy yo de vuestros esfuerzos;
pues de algun suceso mio
parte os he dado primero;
y quien lo fió de vos
entonces, ya os hizo empeño
de que la valgais ahora.
Dieg. Qué es lo que miro! *Luis* Qué veo!
Dieg. Este es quien me dió la vida?
Luis. D. Juan es el que me ha muerto?
qué he de hacer en tan extraño
lance de amistad y zelos,
de amor y honor?

Salen Marcela, y Juana.

Marc. Nuevo ruido
hay, qué será? *Dieg.* Caballero,
yo confieso que me disteis
la vida, y que yo os la debo;
pero nadie pagar debe
mas, que recibió: con esto
os digo, que si os hallára
hoy en ocasion que hacerlo
pudiera, mi misma vida
os diera; pero no es precio
para una vida un honor,
y aqueste yo no os le debo:
en mi casa os he hallado,
y he de saber á qué efecto
entrais en ella á estas horas.
Juan. Aunque no es ley de buen duelo
dar, con la espada en la mano,
satisfaccion, darla quiero,
que donde honor es lo mas,
todo lo demas es menos.
Con quien en cas de Marcela
reñisteis soy yo; de aquesto
testigo es Marcela misma;
en esta casa entré huyendo
de la Justicia. *Dieg.* Aunque sea
eso verdad, que lo creo
porque vos lo decís, yo
no me doy por satisfecho,
que entrarse á amparar un hombre,
no es entrarse á hacer extremos,
que obliguen á una muger
á decir, que es puro y terso
el honor que la debeis.
Luis. Decís bien, y con vos vengo;
sin matarle no cumplis:
por matarle yo le aliento. *ap.*
Juan. Es eso haberos yo dicho
mi secreto? *Luis.* Sí, y por eso
á Don Diego he de amparar.

Salen Don Pedro, y Barzoque.

Ped. Donde quedó?
Barz. Aqui. *Ped.* Entra dentro:
Don Juan, á tu lado estoy.
Juan. Ya contigo nada temo.
Marc. Qué pena! *Leon.* Qué confusion!
Juana. En qué ha de parar aquesto?
Ped. Caballeros, yo y mi hijo
hemos de salir resueltos,
si se nos pone delante
todo el mundo: aunque primero
quisiera saber, qué causa
ha dado para un extremo
tan grande, como obligaros,
siendo los dos caballeros,
á que vos riñais con él
encerrados; porque pienso,
segun ese criado ha dicho,

Y

que ha sido acaso el suceso;
y por sucesos acaso
no riñen ilustres pechos
con uno en su misma casa,
entre mugeres, habiendo
campo: dos á dos estamos,
hagamos cabal el duelo.
Dieg. Señor Don Pedro, que sea
vuestro hijo ese caballero,
con ser vos, á quien mi hermana,
y yo obligacion tenemos,
y que vos querais hacer
desafio cuerpo á cuerpo,
no es bastante á dexar yo
de darle la muerte, habiendo
sido el hallarle embozado
en mi casa. *Ped.* Si él huyendo
de la Justicia entró aqui,
ya vos no reñís por eso,
sino por la primer causa;
y esta mas debiera es cierto,
remitirse, quando en vuestra
casa le hallais, si es que infiero,
que haberla tomado él
por sagrado, habia de haceros,
que al que allá fuera matárais,
le amparárais aqui dentro.
Dieg. Hay mas causas, que Leonor
mi hermana es. *Leon.* Yo diré eso,
que aunque el silencio adore,
ya no es deidad el silencio;
que hablar en tiempo es virtud,
si es vicio el hablar sin tiempo;
y no solo, si me ois,
vos habeis de defenderlo,
pero aun contra vuestro hijo
habeis de ser. *Ped.* Como puedo?
Leon. Os acordais?
Ped. De qué? *Leon.* De una
palabra? *Ped.* Sí, bien me acuerdo,
y daré muerte á Don Juan,
puesto al lado de Don Diego,
como importe á vuestro honor.
Leon. Pues estad todos atentos:
Aquella infelice noche
que hubo en mi casa un incendio,
y que por estar en frente.
Juan. Ténte, aguarda, que no quiero
saber mas; porque si yo
cobarde estuve, temiendo
la ocasion que alli te tuvo,
ya la sé; y asi pretendo,
que ninguno sepa mas
que yo: todo ese suceso,
ni mi padre, ni tu hermano,
ni ninguno ha de saberlo,
porque si en trances de honor
dice un discreto proverbio,
no hay cosa como callar,
de lo que hablé me arrepiento,
y no quiero saber mas,
pues que no puedo hacer menos:
Esta es mi mano, Leonor.
Luis. Supuesto que á Leonor pierdo,
y ya es muger de un amigo,
callemos, zelos, que en esto
no hay cosa como callar.
Dieg. No alcanzo nada al secreto;
mas pues está remediado
mi honor, que es lo que pretendo,
no hay cosa como callar.
Ped. Yo he pagado lo que debo,
Leonor, á mi obligacion.
Marc. Y yo escarmentada, viendo
casado á Don Juan, callar
solo ha de ser mi consuelo.
Barz. Cada uno á su negocio
está solamente atento,
olvidados de un criado,
que está herido; porque desto
se saque quan malo es
ser criado pendenciero:
y pues que yo soy criado
de paz solamente, os ruego,
que considereis, señores,
que de los yerros agenos,
no hay cosa como callar;
y asi, perdonad los nuestros.

FIN.

Con Licencia. BARCELONA. POR FRANCISCO SURIA Y BURGADA, Impresor,
calle de la Paja.
A costas de la Compañia.

[illegible]

Juan. Tomas, aguarda, que no quiero
[illegible]
porque si en trances de honor
dice un discreto proverbio,
no hay cosa como callar,
[illegible]

no hay cosa como callar.
Dieg. No alcanza nada al secreto;
mas pues está remediado
mi honor, que es lo que pretendo,
no hay cosa como callar.
Fed. Yo he pagado lo que debo,
Leonor, á mi obligacion.
[illegible]
perdonad los yerros nuestros.

FIN.

[illegible] Impresor,
[illegible]